

EDITORIAL

Como lo anunciamos en las ediciones anteriores, seguimos trabajando las diferentes etapas del camino de Emaús. Esta vez José Mizzoti estudia la fase de la «lectio divina», compartiendo su punto de vista sobre el reproche del Señor por la lentitud de los discípulos en entender lo que dijeron los profetas y el recorrido de todas las Escrituras. Ignacio Madera, por su parte se detiene en la etapa de «profesión de fe».

En este envío seguimos también con el capítulo VII del riesgo de Jesucristo, donde Simón Pedro Arnold relee los votos como experiencia mística de la noche, a la manera de san Juan de la Cruz.

Andrés Gallego, sacerdote del Instituto Español Misionero (IEM) y profesor de teología en la universidad católica de Lima nos comunica, en la rúbrica «cómo nos ven», su punto de vista sobre los religiosos y las religiosas. Finalmente, Ignacio Madera asume, por esta vez, la «otra mirada teológica». Sin olvidar, por cierto, sus rúbricas acostumbradas.

Litúrgicamente estamos en pleno tiempo «ordinario», es decir el tiempo donde hay que dejar riendas sueltas al Espíritu Santo para que pueda realizar sus propósitos, en el mundo, la Iglesia y cada uno de nosotros y nosotras. Así son también los tiempos de Emaús, de nuestras comunidades y de nuestras vidas. Sin nada trascendental ni extraordinario, son los tiempos de la vigilancia, de la disponibilidad al Espíritu y de la paciencia terca en el proceso de conversión.

Esperando que estas páginas encuentren a nuestros lectores y lectoras en plena tarea, en pleno camino comunitario, pedimos al Señor que nos dé la fuerza de nunca desanimarnos en esta misión que comienza por casa: la refundación.

Simón Pedro Arnold, osb

REFLEXION TEOLOGICA

EL RIESGO DE JESUCRISTO

La apuesta por Dios y la experiencia de la noche

Simón Pedro Arnold, osb.

Resumen: Este capítulo retoma un tema del capítulo III que enfoca la Vida Religiosa esencialmente como una experiencia mística. Aquí ya no se contrasta la mística con la ascética sino con las creencias religiosas. Presentando la experiencia de los religiosos y de las religiosas como una experiencia de Dios, centra la meditación en el itinerario de fe como despojo progresivo de todas las ilusiones y reflejos religiosos que nos habitan. En la línea de san Juan de la Cruz, el autor presenta la Vida Consagrada como una bajada en la noche espiritual, muy particularmente en estos tiempos de cuestionamientos radicales de los esquemas religiosos más tradicionales. La fidelidad en este sentido es cada vez más una apuesta por la fe más allá de las evidencias, un camino de Damasco donde la Iglesia nos despoja de nuestra ceguera para despertar al no saber de la fe a la manera de Job. A través de pruebas, caídas y dudas, el religioso y la religiosa están llamados a una humildad radical que se vuelve fuente de una alegría indecible.

Síntese: Este capítulo retoma um tema do capítulo III que enfoca a vida religiosa essencialmente como experiência mística. Aqui já não se contrastam a mística com a ascética, senão as crenças religiosas. Apresentando a experiência de religiosos e de religiosas como uma experiência de Deus, centra a meditação no itinerário da fé como despojamento progressivo de todas as ilusões e condicionamentos religiosos que temos. Na linha de São João da Cruz, o autor apresenta a vida consagrada como uma descida à noite espiritual, muito particularmente nesse tempo de questionamentos radicais dos esquemas religiosos mais tradicionais. A fidelidade neste sentido é cada vez mais um apostar na fé que vai além das evidências, um caminho de Damasco onde a igreja nos despoja de nossa cegueira e nos desperta, no «não entender» da fé, como despertou a Job. Através de provações, quedas e dúvidas, o religioso e a religiosa estão chamados à humildade radical que se transforma em fonte de alegria indizível.

Los capítulos anteriores de nuestra reflexión nos han acostumbrado a una interpretación más y más despojada de la experiencia de los votos, dejando, uno tras otro, los ídolos imaginarios con los cuales habíamos emprendido el camino. Toda esta iniciación por el abandono y el despojo interior nos lleva a poner cada vez más la fe en el centro absoluto de esta aventura que hemos calificado, desde un comienzo, de opción. Aquí hablamos de apuesta, como algo todavía más arriesgado e inseguro que la opción. Esta última, en efecto, se apoya aún en convicciones surgidas de la experiencia. La apuesta es un salto a lo desconocido, un entrar en lo que los místicos llaman la noche.

El fundamento de la fe

Desde un inicio presentamos la vida religiosa cómo una experiencia esencialmente mística. En un primer momento, contrastamos la mística con la ascesis, poniendo esta última claramente al servicio de la primera. En esta etapa, volvemos a la mística, como experiencia personal de la presencia de Dios, contrastándola con las creencias religiosas. Los dos últimos siglos resultaron ser una crítica desgarradora, y desde todos los frentes, de la mentalidad religiosa. Las ciencias exactas y humanas constituyen un cuestionamiento imparables de las evidencias creyentes nacidas de las culturas premodernas y místicas. A pesar de resurgimientos recientes, a causa de las crisis de los valores modernos y con muchos rezagos más o menos recalcitrantes y ocultos en cada ser humano y en cada cultura, es preciso reconocer que estamos viviendo un ocaso de las creencias religiosas en el sentido antropológico de la palabra.

A pesar de las apariencias, la vida religiosa, como una bajada mística a los infiernos, se vuelve una escuela del despojo de las creencias infantiles para adentrarse cada vez más en el desierto infinito de la presencia silenciosa de Dios. Una vida religiosa que busca seguridades religiosas en las devociones ingenuas y en los modelos religiosos obsoletos no podrá resistir a la terrible tempestad que estamos atravesando. Sólo si nos convertimos en hombres y mujeres de fe, es decir hombres y mujeres de Dios, más allá de los signos puramente religiosos, podremos cobrar credibilidad y seriedad a nuestros propios ojos y a los ojos del mundo que nos rodea.

A partir de dicha afirmación, se comprenderá que lo más urgente, tanto en la formación a la vida religiosa como en la construcción de los nuevos estilos de vida, es el proveer a cada miembro de nuestras comunidades y a las comunidades en su conjunto, de oportunidades, tiempos y espacios de verdadera experiencia personal de Dios. Si no podemos referirnos a acontecimientos personales de experiencia del amor divino, y volver a ellos en cada momento, nos quedaremos en la ceguera infantil de los comportamientos religiosos repetitivos y vacíos y no podremos atravesar victoriosos el desierto actual.

Finalmente, más allá de una experiencia personal y liberadora de la presencia del amor divino, la fe implica una respuesta también personal y libre. El compromiso, en particular, apunta a dicha respuesta. Los votos sólo tienen sentido si son la consecuencia de una experiencia mística plasmada en una alianza cuya iniciativa gratuita viene de Dios y cuya respuesta, también libre y gratuita, nos corresponde a nosotros.

Dar razón de la no-evidencia

El itinerario de la fe que proponemos aquí consiste en pasar del país de los ídolos al país del icono. ¿Qué significa? Las evidencias que adquirimos de las creencias religiosas heredadas son parte de un comportamiento muchas veces idolátrico. En efecto las creencias son a menudo proyecciones de nuestros deseos inconscientes y de nuestros temores reales. La imaginación de los pueblos y de los individuos es particularmente fecunda cuando se trata de encontrar respuestas fáciles, de tipo religioso-mítico a nuestras carencias y frustraciones. Este mecanismo denunciado ya por los profetas a propósito de la tentación idolátrica permanente del pueblo, ha sido descrito de manera pertinente y definitiva tanto por los anti idealistas del siglo XIX como Feuerbach y Marx, como por el psicoanálisis, tanto de Freud como de Jung, aunque con interpretaciones diversas.

Este proceso humano de proyección religiosa idolátrica no tiene nada que ver con la experiencia de la fe como no-evidencia. En este sentido la fe es una renuncia y un duelo a la vez que un camino emprendido hacia lo real no descriptible del misterio humano y divino. En este camino de iniciación se trata de pasar a la experiencia icónica. Para el Oriente, en efecto, el icono, lejos de proyectar o de representar el misterio encerrándolo en nuestros deseos y angustias, se presenta como un símbolo es decir una invitación, una evocación una puerta abierta. El ídolo cierra y encierra, el símbolo del icono abre y libera el misterio de toda atadura imaginaria.

La Vida Religiosa es una experiencia simbólica. El religioso, la religiosa, se transforman a través de un doloroso proceso de renuncia y liberación de los ídolos religiosos, en un icono, para sí mismo y para los demás, del misterio divino, abierto y liberado del imaginario de las creencias. Si la fe es este camino de iniciación, tiene que ver con la duda intrínseca respecto a toda creencia que pretende encerrar el misterio en una representación satisfactoria para mis deseos psicológicos, afectivos o intelectuales. La Vida Religiosa es, por excelencia, un camino de fe a la escuela de la duda.

Dicha escuela es exigente y dolorosa en todo sentido. Se trata de una delicada cirugía de las emociones y de los pensamientos. No pocas veces, sobre todo para los que empezaron su vida consagrada antes del concilio y siguen en el barco con convicción, el caminar fue sembrado de desilusiones y muertes radicales. Hemos tenido que renunciar a las imágenes más nobles y más legítimas de nosotros mismos, de Dios, de la Iglesia, de la fidelidad de los compañeros y compañeras, del bien y del mal y de la misión, para emprender un simple

camino de confianza. En otras palabras, cuando todo lo que sostenía desde afuera y daba sentido inmediato a nuestra vida se derrumbó, nos tocó volver a optar. Cien veces, en adelante, nos tocó reempezar, a la vez a la ciega (ceguera del amor terco) y en la grave lucidez de los que saben lo que dejan atrás y lo totalmente oscuro de lo que se les viene.

La vocación religiosa empieza a asentarse recién cuando se dan estas experiencias de pérdida y de reinicio. Somos como Juan Bautista quien, al reconocer al Mesías al que esperaba e imaginaba desde tanto tiempo, proclama, simplemente, al verlo, que no lo conocía. Más avanzamos en la Vida Religiosa y más claramente reconocemos, gracias al Espíritu que habla en la humildad realista de la vida, al Señor tan totalmente diferente de todos nuestros sueños.

Una búsqueda permanente

Volvemos aquí a una intuición anterior: La experiencia de los votos es necesariamente un proceso, con avances y retrocesos, crecimientos y pérdidas. Para san Benito, nuestra aventura es, ante todo, una búsqueda y de ninguna manera un hallazgo, menos aún un puerto, una estación terminal del caminar espiritual humano. En el discurso después de la cena en san Juan, los discípulos piensan haber llegado, por fin, a la plena luz del misterio de Jesús y proclaman ingenuamente: «Ahora sí que entendemos. Ya no es necesario que nos hables en parábolas». Pero Jesús les advierte inmediatamente que, en vez de haber llegado al entendimiento, están entrando en la noche turbulenta de la fe donde todos se dispersarán dejándolo solo. Algunos tambalearán hasta negarlo e, incluso traicionarlo. En vez del terminal teológico esperado, es la oscuridad total la que el maestro promete a sus discípulos.

Esta terrible lucidez de Jesús no podrá ser asimilada de un golpe. Se hará progresivamente en este doloroso camino que va del pecado y de la traición, al arrepentimiento. El despojo de la vida religiosa que resiste al derrumbe de las creencias idolátricas, pasa también por múltiples confusiones, cobardías y hasta por traiciones. La fidelidad, en definitiva, es siempre arrepentimiento y retorno del hijo pródigo. No es nunca, en esta perspectiva, impecabilidad y resistencia moral sin falla. Entre la arrogancia del fariseo y la vergüenza, llena de confianza y de amor, del publicano, en la parábola de Jesús, la Vida Religiosa está, decididamente, del lado del publicano. Lo fariseo, en este sentido, es una traición más grave de nuestra vocación que las fallas y las caídas de nuestro corazón publicano. Pero, la consecuencia de la toma de conciencia de nuestra identidad publicana, como religiosos y religiosas, pasa por la renuncia a nuestros esquemas de fidelidad, de santidad y de cumplimiento. Como el publicano, o, mejor, como el hijo pródigo, regresamos cada día al Padre diciéndole: «Padre no merezco ser llamado hijo tuyo, no merezco ser llamada /a hija tuya.». El único esquema que resiste a nuestras traiciones y a nuestras desilusiones es la misericordia. Como lo decía san Juan de la Cruz: «Al final de la vida, seremos juzgados sobre el amor».

Pero, ¿será la fidelidad sólo este triste arrepentimiento humillado? En tal caso nuestra opción no saldría de la amargura y hasta de la vergüenza matadora. No, hay un más allá al retorno del hijo prodigo, del publicano y de Pedro después de la traición y del arrepentimiento. La fidelidad frágil de los tres desemboca sobre la sorpresa de una amor insospechado. El banquete del hijo, la justificación del publicano en su casa y la misión audaz de Pedro en la total confianza del amor de su maestro. Esta es también la gozosa experiencia pascual de los pecadores arrepentidos quienes formamos la comunidad de los religiosos y religiosas. Esta fidelidad, frágil, humilde pero locamente terca, se despierta, sí, en la aurora de la resurrección. Por esto mismo, pensamos en la fidelidad no tanto como un estado pasivo, una actitud defensiva rígida, sino como un despertar creciente a la luz del resucitado. No se trata de llegar invictos al juicio de Dios, sino de dejarse iluminar progresivamente por su presencia misericordiosa. Y esta alegría de la iluminación interior, en la humildad realista sobre si mismo, es un júbilo incomparable, infinitamente más pleno que el orgullo triste del que no falló pero no sabe que cosa es el gozo del retorno y del banquete. Entre el hijo mayor y el hijo pródigo, opto por situar la fidelidad religiosa por el lado de este último y no del primero.

Finalmente la noche

La imagen que surge de estas reflexiones, en cuanto al religioso y a la religiosa, difiere mucho, creo, de lo que, espontáneamente, piensa la gente de nosotros, o de lo que quisiéramos

proyectar hacia fuera. Esta imagen espontánea es la de una palabra segura que superó los cuestionamientos sobre Dios, lo sabe y lo entiende todo en los temas religiosos. Frente a este especialista que ya no tiene que cuestionar nada, el común de los mortales parecen creyentes inacabados e balbucientes. Más bien, me parece que la vida religiosa nos lleva hacia un inacabamiento creciente en la fe y un balbuceo que termina en el silencio absoluto, a no ser el testimonio callado de nuestra vida y de nuestro amor por Cristo y las criaturas.

Para muchos de nosotros, el camino de la vida religiosa fue y sigue siendo un camino de Damasco. Iniciado con la seguridad fanfarrona del «sabe todo», a la manera de san Pablo, se transforma, súbitamente, por una caída en el polvo de nuestra estupidez y de nuestra ligereza. Levantados por ángeles invisibles nos encontramos, por fin, en nuestra ceguera congénita. El encuentro con el verdadero Dios, el de Jesús, nos reduce y reduce nuestras clarividencias a polvo. Debemos reemprender el camino, a ciegas, como niños, acompañados y ayudados por los más humildes de nuestros hermanos quienes, por la fuerza del Espíritu Santo, nos devuelven la vista a la luz pascual. Esta luz ya no viene de nuestro saber, de nuestras inteligencias o de nuestros fanatismos religiosos e intelectuales (de derecha o de izquierda), sino de la aurora pascual, del gozo comunitario de un Jesús más allá de todo, que solo se puede reconocer en el caminar paciente y progresivo de la fe.

En esta perspectiva, el criterio para pasar del noviciado a la profesión religiosa es, de alguna manera, Damasco, es decir, el acceso al «no saber» cada vez más desnudado de las ilusiones. En esta escuela de la fe como «no saber», la experiencia de la inculturación se vuelve una pedagogía de primera importancia. En efecto, muchas veces, en nuestra aventura misionera, llegamos a la tierra del otro en conquistadores, seguros de lo que le conviene y de lo que le impide estar con Dios. Pero, a medida que tropezamos con el misterio del otro, el cual nos revela nuestras propias ambigüedades y nuestros límites, como Job, ponemos la mano en la boca. Renunciamos, en adelante, a hablar de cosas que no conocíamos. La inculturación, a la larga, es modestia de la fe y opción final por el «no saber» del amor gratuito, tanto hacia el otro como hacia Dios.

Amar a Dios en la Vida Religiosa es adentrarse cada vez más al desierto. Este desierto, en el hoy de la posmodernidad globalizada, carece, más que nunca, de pozos limpios. Son muchas las aguas contaminadas que se nos presentan como manantiales. Pero pueden ser mortíferas. Sólo los camellos de buenas reservas de aguas podrán, en adelante, atravesar los largos arenales de la fe contemporánea. Los camellos jóvenes tendrán que esperar el crecimiento de sus jorobas y de sus capacidades de conservación antes de arriesgarse al desierto sin retorno de los votos. Mientras tanto, se tendrán que ejercitar para el discernimiento de los raros y preciosos manantiales del Espíritu entre tantos espejismos de la moda, tanto eclesial como mundana. ¿Dónde está el agua de manantial? Seguramente en lo más clásico de las tradiciones espirituales de la Iglesia más que en las novedades superficiales del mercado de lo divino. El discernimiento de los manantiales refrescantes y no contaminados pasa también por los itinerarios de los sencillos, las caravanas discretas, casi invisibles, de los pobres, de los humildes. Tradición eclesial y caminos de los pobres son los dos únicos manantiales en los que, personalmente, pondría mi confianza. Pero son tan aislados en el desierto del mundo que hay que buscarlos juntos. A solas corremos el riesgo de confundirlos con los espejismos más brillantes que se nos presentan, o, peor, podemos perdernos lejos de las pistas conocidas de los guías de caravanas. Sin guías, el más resistente de los camellos termina exhausto en pleno arenal.

Pero ¡qué bella nuestra vocación de camellos de Dios, encaminados juntos, en comunidad de Iglesia, hacia el reino por los caminos de manantiales de la tradición de la Iglesia y de la sabiduría y compañía de los pequeños! Así es nuestra aventura. Y por nada la cedería yo, ni siquiera por la ilusión aburrida de un oasis sin sorpresa. Pero la característica esencial de los que emprenden este fascinante viaje interior debe ser la resistencia duradera.

En este desierto debemos saber que nos esperan caídas nuevas y nuevas noches. Es la historia de nuestro padre en la vida religiosa, san Juan Bautista, quien, desde el desierto de su cárcel, en plena efervescencia del grupo de Jesús que tanto había esperado y preparado, se pregunta si este es aquel a quien él esperaba o si se equivocó. Sublime sinceridad, sublime humildad y sublime audacia del que lo perdió todo por una apuesta de amor sobre un hombre,

tan diferente de sus esquemas mesiánicos, a quien reconoce que no conocía. Hasta la muerte, ojalá con más serenidad a medida que pasa el tiempo, nos tocará pasar por estos interrogantes. Si tenemos la sinceridad, la humildad y la audacia de fe de Juan, no hay duda que el Señor Jesús nos ofrecerá, como lo hizo por su primo, los signos reconfortantes de la vida (los ciegos ven, los cojos andan, los sordos escuchan, los muertos resucitan y la buena nueva se anuncia a los pobres). Para escuchar estas palabras de Jesús, es necesario que nos quedemos despiertos a la interrogación y a la sorpresa, a la duda y a la admiración por la vida en sus potencialidades infinitas. Llegados al otoño de la vida, los religiosos y religiosas sólo podrán apoyarse en estas antenas de su fe: la sinceridad, la capacidad de renovar el cuestionamiento a sí mismo y a Dios, y, sobre todo, la admiración por la vida en su novedad, esta vida que, empujando por atrás, es tan bella cuando te volteas para contemplarla en ti y en los que te siguen.

¡Qué bellos son la primavera en su despertar, el verano en su plenitud, el otoño en sus despedidas! Pero la larga noche del invierno es nuestra orilla definitiva, como lo sugiere san Juan de la Cruz. Al final de todas las estaciones interiores, llegaremos juntos al mismo puerto de la noche, intimidad silenciosa definitiva con el tan esperado esposo de nuestros amores desérticos.

El tiempo del adiós es el tiempo de Dios, la noche es nuestra morada de amor definitiva. En este sentido, los y las mayores de nuestras comunidades, lejos de ser los marginales y los inútiles de la vida religiosa, son los signos de la meta verdadera de toda la caminata espiritual que emprendemos. Ellos son los iconos por excelencia de la vida consagrada. Sin ellos no sabríamos por donde está la puerta del Reino. Si los mayores han sabido atravesar el desierto sin dejar nunca de amar apasionadamente, su rostro, su figura entera, su vida se vuelve puente y puerta abierta. Un paso más y ¡ya está! Dios está a la puerta. Sin ellos y ellas, Dios estaría insoportablemente ausente y lejano de nosotros. Gracias a ellos y ellas en nuestras comunidades, Dios está siempre a la puerta, invitándonos a abrir para que pueda compartir la mesa con nosotros, como dice tan bellamente el Apocalipsis□. Los mayores son los porteros del Reino que, al despedirse, hacen entrar el amor trinitario eterno en lo cotidiano de cada uno y cada una de los miembros de la comunidad, desde los primaverales hasta los otoñales pasando por los trajines del mediodía veraniego.

Al final de la vida consagrada, la meta, el deseo de los deseos, la aspiración más profunda es la nada. «Contigo estoy sin deseo en la tierra, roca de mi corazón, mi lote, Dios para siempre».

~SEMÁ ISRAEL - ESCUCHA, ISRAEL...!

LA LECTIO DIVINA, O LECTURA ORANTE DE LA BIBLIA, EN LA VIDA RELIGIOSA DE AMERICA LATINA Y EL CARIBE

José Mizzotti, smm

Resumen: Después de hacer un rápido recorrido por la historia de la Lectio Divina, hasta su reaparición sin rótulos ni nombre entre los pobres de América Latina y el Caribe, se intenta definir el objetivo y los principios orientadores de la «Lectio» para los religiosos y las religiosas de América Latina y el Caribe de hoy. Se hace una rápida descripción de los cuatro momentos de la «Lectio Divina»: Lectura, Meditación, Oración, Contemplación. Y se termina comparando la práctica antigua con las nuevas modalidades de hacer la Lectio en la Vida Religiosa latinoamericana de nuestros días.

Síntese: Depois de uma passagem rápida pela história da «Lectio Divina», até sua reaparição sem rótulos e sem nome entre os pobres da América Latina e Caribe, tenta-se definir o objetivo e os princípios orientadores da «Lectio» para os mesmos religiosos e religiosas do continente latino e caribenho de hoje. Faz-se uma rápida descrição dos quatro momentos da «Lectio Divina»: Leitura, Meditação, Oraçãõ, Contemplaçãõ e se termina comparando a prática antiga com as novas modalidades de fazer a Leitura Divina na vida religiosa latinoamericana e caribenha de nossos dias.

Todavía era un novato en el campo de la pastoral bíblica. Sin embargo, recuerdo muy bien el entusiasmo que me invadía cada vez que descubría proyectos serios y amplios para que la Palabra llegara más cerca de la vida del pueblo de Dios. Correlativa al entusiasmo, era grande la decepción cuando algo fallaba. Particularmente una vez, cuando un proyecto en el que tanto creía tuvo que ser suspendido. Era un proyecto relacionado con la animación bíblica de la Vida Religiosa desde la Palabra de Dios. Fue una experiencia triste, pero al mismo tiempo rica en sabiduría y en profunda espiritualidad. Inexperto cual era, veía sólo el fin de un sueño. Pero, hubo «maestros» en Biblia y en Vida Religiosa que me enseñaron a descubrir el dedo de Dios también en aquel aparente revés. Todavía, con mucha nitidez, puedo ver las caras de dos de ellos: ojos brillantes, por el aparecer de algunas lagrimas, pero aún más por una serenidad que no lograba comprender. «Esto no muere, de alguna manera resucitará», me decían con una convicción sorprendente.

Y resucitó, en la animación para la formación bíblica de religiosos y religiosas asumida desde entonces por las diferentes conferencias nacionales. Resucitó en el renovado interés de los religiosos y las religiosas de América Latina y el Caribe hacia la Palabra de Dios, leída desde la vida. Resucitó en la práctica siempre más difundida de la Lectio Divina en la vida religiosa de nuestro continente. Y resucita ahora en el proceso «Por el Camino de Emaús», donde nuevamente la Lectio Divina ocupa un lugar central.

Este artículo no presentará nada nuevo. Sólo quiere recuperar lo mejor que se fue re-descubriendo y viviendo a lo largo y ancho de América Latina y el Caribe, en este lento caminar de la vida religiosa con y alrededor de Lectio Divina.

Religiosos y religiosas: alumnos y alumnas de la historia

La Lectio Divina tiene su origen en la liturgia de la sinagoga judía, en la cual la Escritura fue proclamada reverentemente y comentada mediante la predicación. «~Semá Israel...»... «Escucha, Israel: el Señor, nuestro Dios, es solamente uno. Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón, con toda el alma y con toda la fuerza. Queden en tu corazón estas palabras que yo te dicto hoy. Se las repetirás a tus hijos, les hablarás de ellas tanto si estás en casa como si vas de viaje, así acostado como levantado...»□.

Israel surge de la «escucha» y llega a su madurez por la interiorización. El método con el que ésta se realiza es la meditación: la Hagada. En hebreo, haga es un término que indica primero el sonido gutural de los animales: el rugido del león, el arrullo de la paloma, el piar de la golondrina o incluso el gemido humano. Meditar la Torah significaría entonces musitarla, mascullarla, murmurarla con la boca a media voz hasta grabarla en la memoria.

Este método era también el método de estudio y asimilación en las escuelas rabínicas, rabbi en hebreo significa «maestro»: donde prevalecía la memorización de los textos mediante la lectura en voz alta, una cantinela rítmica, la repetición continua, y toda una serie de prácticas para facilitar la memorización. Lo primero era «aprender» y luego venía la reflexión y la comprensión.

La Iglesia primitiva heredó esas prácticas de asimilación refiriéndolas a su realidad de «Nuevo Israel». Los primeros cristianos eran judíos en su mayoría; entre ellos varios eran fariseos y seguían yendo al Templo y a la Sinagoga. Entonces era normal que conocieran los métodos rabínicos. El mismo Pablo, formado en la escuela de Gamaliel, los practicó ampliamente.

Pero los primeros cristianos también tenían sus propias reuniones: «eran asiduos a la enseñanza de los apóstoles, a la vida común, a la fracción del pan y las oraciones...». A partir de estas reuniones, hechas «en el nombre del Señor Jesús», y en los siglos siguientes, lo que llamamos ahora Lectio Divina ya se dio sin ese nombre en las formas peculiarmente cristianas de leer y entender la Biblia para alimentar su fe, esperanza y amor. El mismo Nuevo Testamento es el resultado de la lectura que los primeros cristianos hacían del Antiguo Testamento frente a sus problemas y a la luz de la nueva revelación que Dios hizo de sí en la Resurrección de Jesús, vivo en medio de la comunidad. Era una lectura creyente y orante de la Palabra de Dios, hecha a partir de la fe en Jesús que dijo: «El Espíritu les recordará todo lo que yo les digo y les introducirá en la verdad plena».

La Lectio Divina, pues, es tan antigua como la propia Iglesia que vive de la Palabra de Dios y que de ella depende, como el agua de su fuente. En el transcurrir de los siglos, esta lectura creyente y orante de la Biblia alimentó a la Iglesia, a las comunidades, a los cristianos. Inicialmente no era una lectura organizada y metódica, sino la propia Tradición que se transmitía de generación en generación, mediante esta práctica del pueblo cristiano.

La expresión «Lectio Divina» viene de Orígenes. Para leer la Biblia con provecho, dice, es necesario hacer un esfuerzo de atención y de asiduidad. «Cada día, de nuevo, tenemos que volver a la fuente de la Escritura», lo que no se consigue sólo con el esfuerzo humano. Por eso debe ser pedido en la oración, «pues es absolutamente necesario rezar para poder comprender las cosas divinas». De este modo, concluye Orígenes, llegaremos a experimentar lo que esperamos y meditamos. En estas reflexiones, ya tenemos un resumen de lo que viene a ser la Lectio Divina.

En los siglos siguientes, la Lectio Divina se convirtió en la espina dorsal de la vida religiosa, que surgió como opción de radicalidad cristiana frente a una Iglesia algo más acomodada en la sociedad pos - constantina. En torno a la Palabra de Dios, oída, meditada y rezada, surgió y se organizó el monaquismo del desierto. Las sucesivas reformas y transformaciones de la Vida Religiosa, siempre retomaban la Lectio Divina como si fuera su marca registrada. Las reglas monásticas de Pacomio, Agustín, Basilio y Benito, hacen de la lectura de la Biblia, junto con el trabajo manual y la liturgia, la triple base de la Vida Religiosa.

La sistematización de la Lectio Divina en cuatro grados, vino en el siglo XII. Alrededor del año 1150, Guigo, un monje cartujo, escribió un librito llamado «La escalera de los Monjes». En la introducción, antes de exponer la teoría de los cuatro grados, se dirige «al querido hermano Gervasio» y dice: «Resolví compartir con usted algunas de mis reflexiones sobre la vida espiritual de los monjes. Pues Usted conoce esta vida por experiencia, mientras que yo sólo la conozco por el estudio teórico. Así, usted podrá ser juez y corrector de mis consideraciones». Guigo quiere que la teoría de la Lectio Divina sea evaluada y corregida a partir de la experiencia y de la práctica de los hermanos.

Enseguida, introduce los cuatro grados: «Cierta día, durante el trabajo manual, cuando estaba reflexionando sobre la actividad del espíritu humano, de pronto se presentó a mi mente la escalera de los cuatro grados espirituales: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Esta es la escalera de los monjes, por la cual ellos suben de la tierra al cielo. Es verdad, la escalera tiene pocos grados, pero es de una altura tan inmensa e increíble que, mientras su extremidad inferior se apoya en la tierra, la parte superior penetra en las nubes e investiga los secretos del cielo».

Después de esto, Guigo muestra cómo cada uno de estos grados tiene la propiedad de producir algún efecto específico en el lector de la Biblia. Luego, resume todo: «La Lectura es el estudio asiduo de las Escrituras, hecho con espíritu atento. La meditación es una diligente actividad de la mente que, con la ayuda de la propia razón, busca el conocimiento de la verdad oculta. La oración es el impulso fervoroso del corazón hacia Dios, pidiendo que aleje los males y conceda las cosas buenas. La contemplación es una elevación de la mente sobre sí misma que, suspendida en Dios, saborea las alegrías de la dulzura eterna».

En esta descripción de los 4 grados, Guigo sintetiza la tradición que venía de largo tiempo atrás y la transforma en instrumento de lectura, para servir de instrucción a los jóvenes que se iniciaban en la vida monástica.

En el siglo XIII, los frailes mendicantes intentaron crear un nuevo tipo de Vida Religiosa, más inserta en medio de los «menores» (pobres). Ellos hicieron de la Lectio Divina la fuente inspiradora de su movimiento renovador, como aparece claramente en la vida y en los escritos de los primeros franciscanos, dominicos, servitas, carmelitas y otros mendicantes. A través de su vida inserta, supieron colocar la Lectio Divina al servicio del pueblo pobre y marginado de aquella época.

En la continuidad de la historia, hubo un largo período en que la Lectio Divina se enfrió. La lectura de la Biblia no era fomentada, ni siquiera en la vida religiosa. Fue el desafortunado efecto de la Contra-Reforma en la vida de la Iglesia católica. ¡El miedo al protestantismo hizo perder el contacto con la fuente! En efecto, una de las peores consecuencias de la Contra-Reforma fue el temor que quedó en el catolicismo ante posibles peligros implícitos en el contacto directo y frecuente de los seglares con la Sagrada Escritura. Esto llevó, en 1546, a la prohibición por parte del Concilio Tridentino de usar la Biblia en traducciones en lengua vernácula. El resultado fue, en los siglos siguientes, una desconfianza creciente en el clero, y en el pueblo el alejamiento de la Sagrada Escritura, con graves consecuencias para la evangelización. La lectura de la Biblia fue substituida paulatinamente por otras «lecturas espirituales».

Este período de la historia de la Iglesia coincide precisamente con los primeros siglos de la evangelización de América Latina y el Caribe, si se exceptúa la primera mitad del siglo XVI. Por eso no es sorprendente que en esta evangelización, que había comenzado casi exclusivamente a partir de la Sagrada Escritura, la Biblia quedara relegada a un plano secundario y reducida a un mínimo: a las lecturas litúrgicas y a su uso en la predicación y en la catequesis sin relación alguna con el contexto de la historia de la Salvación. La historia de la evangelización en América Latina y el Caribe lleva hasta hoy esta marca, y los nuevos grupos y movimientos religiosos («sectas») son los que sacan partido de ello.

Una vez cortado así el acceso a las Escrituras, en la piedad del pueblo cristiano pululan en su lugar elementos secundarios, tales como el culto a los santos, las peregrinaciones, las novenas y otras devociones destinadas a implorar consuelo y ayuda en situaciones difíciles. En el pueblo predomina una gran pasividad e indiferencia en el campo religioso, y en el clero una marcada tendencia al clericalismo. El caso de América Latina y el Caribe es un ejemplo claro de cómo la evangelización cristiana sin una base sólida en las Escrituras es una casa construida sobre la arena.

Religiosos y religiosas: alumnos y alumnas de los pobres

El regreso a las Escrituras se fortaleció a partir de Vaticano II. «En el período contemporáneo, una Instrucción de la Comisión Bíblica, aprobada por el Papa Pío XII, la ha recomendado a

todos los clérigos, tanto seculares como regulares. La insistencia sobre la Lectio Divina bajo este doble aspecto, individual y comunitario, ha vuelto a ser actual. La finalidad pretendida es suscitar y alimentar un «amor efectivo y constante» a la Sagrada Escritura, fuente de vida interior y de fecundidad apostólica, favorecer también una mejor comprensión de la liturgia y asegurar a la Biblia un lugar más importante en los estudios teológicos y en la oración. La Constitución Conciliar Dei Verbum insiste igualmente sobre una lectura asidua de las Escrituras, para los sacerdotes y los religiosos. Además, - y es una novedad - invita también «a todos los fieles de Cristo» a adquirir «por una lectura frecuente de las Escrituras divinas la «minente ciencia de Jesucristo»». Diversos medios son propuestos. Junto a una lectura individual, se sugiere una lectura en grupo. El texto conciliar subraya que la oración debe acompañar la lectura de la Escritura bajo la inspiración del Espíritu. En el pueblo cristiano han surgido numerosas iniciativas para una lectura comunitaria. No se puede sino animar este deseo de un mejor conocimiento de Dios y de su designio de salvación en Jesucristo, a través de las Escrituras».

En efecto últimamente, sobre todo en las dos últimas décadas del siglo XX, la Lectio Divina recobró su actualidad y reapareció sin nombre, sin rótulo, aquí en América Latina y el Caribe, en medio de las comunidades donde los pobres redescubrieron con gozo la lectura de la Palabra de Dios y donde desarrollaron nuevas formas comunitarias de la misma.

Partiendo de la experiencia de los pobres, los religiosos y las religiosas tratan, desde hace algunos años, de vivir el retorno masivo a las Escrituras como elemento de su espiritualidad y como impulso de su trabajo misionero. De este modo, reapropiándonos, como religiosos y religiosas, de la Lectio Divina, nos hemos hecho alumnos de los pobres y humildes para saber cómo leer la Biblia y cuál es la mística que debe animar nuestra lectura. Al mismo tiempo, nos aproximamos a la fuente que, en el pasado, generó la vida religiosa y que, en el presente, está generando e irrigando la vida de las pequeñas comunidades cristianas.

Sería tan bonito si nosotros, los religiosos y las religiosas de hoy, tuviéramos la humildad del monje Guigo y fuéramos a decir al pueblo de nuestras comunidades: «Resolvimos compartir con ustedes algunas de nuestras reflexiones sobre la escucha de la Palabra de Dios en nuestra vida religiosa, pues ustedes conocen este camino por experiencia propia, mientras que nosotros lo conocemos más por estudio teórico. Así, ustedes podrán ser jueces y correctores de nuestras consideraciones».

El objetivo de la Lectio Divina

Por la Lectio Divina, procuramos alcanzar lo que dice la Biblia: «La Palabra está muy cerca de ti: en tu boca y en tu corazón, para que la pongas en práctica». En la boca, por la lectura; en el corazón, por la meditación y por la oración; en la práctica, por la contemplación.

El objetivo de la Lectio Divina es el objetivo de la propia Biblia: «comunicar la sabiduría que lleva a la salvación, por la fe en Jesucristo»; «instruir, refutar, corregir, formar en la justicia y así, perfeccionar al hombre de Dios para toda buena obra»; «proporcionar perseverancia, consuelo y esperanza»; «ayudarnos a aprender de los errores de los antepasados».

Una palabra es, ante todo, un medio para transmitir una idea. Las palabras, tanto las nuestras como las de la Biblia, se dirigen en primer lugar a la razón que puede captar las ideas. Pero, una palabra no es sólo un vehículo de ideas. Tiene también otras dimensiones. Por ejemplo, posee una fuerza poética (en el sentido literal: «poesía» viene del griego poiein, que significa hacer). ¡No sólo dice, sino que también hace, actúa! «La Palabra de Dios es viva y eficaz».

Ahora, en el estudio que hacemos de la Biblia, generalmente sólo nos preocupamos por descubrir la idea, el mensaje de la Palabra de Dios. Como veremos, la Lectio Divina procura alcanzar también otras dimensiones. Es más completa. Su resultado es más amplio. Lleva a un cambio de vida y a un compromiso con los designios de Dios en nuestro mundo.

El método que se adopta en la lectura de la Biblia es mucho más que sólo una cuestión de técnica y dinámica. El método expresa, articula y transmite una visión determinada de la Biblia y de la revelación.

Un buen método nunca puede perder de vista el objetivo al cual tiene que servir. El objetivo último de la lectura de la Biblia, y por ende de la Lectio Divina, es siempre descubrir, asumir y celebrar, con la ayuda de la Biblia, la Palabra de Dios que existe en nuestra vida hoy.

En la «interpretación» de la Biblia no se trata solamente de leer el texto y de explicarlo. No es solamente cuestión de saber lo que el texto dice. Más bien es cuestión de «hacer verdad» la fe que tenemos y que nos dice: ¡Dios habla hoy! Leemos e interpretamos la Biblia para discernir este hablar de Dios en el corazón de la vida y de la comunidad.

La práctica secular de la Iglesia demuestra que, para alcanzar este objetivo, son necesarios dos movimientos simultáneos: uno de hoy hacia ayer, y el otro, de ayer hacia hoy.

Lo de «hoy hacia ayer» procura investigar el sentido literal, la letra, la historia, el contexto desde donde nace el texto. Aquí se usan los criterios de la razón y de la ciencia. En esto la exégesis presta una gran ayuda.

El movimiento de «ayer hacia hoy» procura descubrir el sentido espiritual, el mensaje, la dimensión teológica, es decir, lo que Dios nos quiere decir «hoy» por medio de aquel texto de «ayer». En este segundo movimiento se usan los criterios de la fe. El ambiente de oración presta una gran ayuda y favorece el descubrimiento del sentido espiritual.

Letra y Espíritu son como cuerpo y alma. La interpretación no acontece sin los dos. En la Lectio Divina, el movimiento de «hoy hacia ayer» se hace sobre todo a través de la Lectura y de la Meditación. El movimiento de «ayer hacia hoy» se hace sobre todo a través de la Meditación y de la Oración. La Contemplación es el resultado de la unión de los dos.

Los principios orientadores de la lectio divina

La Lectio Divina supone algunos principios siempre presentes en la lectura cristiana de la Biblia:

La lectura hecha respetando el texto

Respetar el texto exige estudiar las Sagradas Escrituras tomando en cuenta las conclusiones de la exégesis científica, tratando de situar el escrito en su contexto de origen. Las conclusiones deben ser fundadas en la letra de la Biblia y en su historia, y no ser simple fruto de nuestros deseos o preconcepciones dogmáticos, teológicos o ideológicos.

La lectura a partir de la fe de la comunidad

Por esto, para una recta interpretación de la Biblia no basta la Biblia, ni basta una buena inteligencia capaz hasta de leer la Biblia en su idioma original (hebreo, arameo y griego). Es necesario que la Biblia sea leída dentro de la comunidad eclesial, a partir de ella y en función de ella: comunidad de fe, donde actúa el Espíritu, donde la lectura de la Biblia es envuelta por oraciones y celebrada con cánticos.

Debemos estar participando en la vida de nuestras comunidades y estar en comunión con los anhelos y el caminar de la Iglesia de América Latina y el Caribe. Significa también vivir en comunión con el pensamiento de la Iglesia Universal, definido por los Concilios Ecuménicos, especialmente por el Vaticano II, y seguir las instrucciones del Magisterio Eclesiástico.

La lectura a partir de la realidad

Hay que partir de los problemas y preguntas que formula la realidad personal y social del pueblo de Dios de hoy. Esta realidad que nos cuestiona, donde la gente vive, ama, peca, sufre, lucha, reacciona, resiste, nace, muere. Finalmente, es esa realidad la que queremos iluminar y en donde queremos descubrir la presencia viva de Dios.

De esta manera, seguimos el ejemplo de Jesús: «...I les dijo: «¿De qué discuten entre ustedes mientras van andando?». Ellos se pararon con aire entristecido. Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: «¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?». ...I les dijo: «¿Qué cosas?». Ellos le dijeron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo (...) ...I les dijo: «¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?». Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras»□.

Estos tres elementos juntos (Biblia-Comunidad-Realidad) ayudan a hacer una interpretación correcta, cuyo objetivo último no es interpretar el significado material del texto, sino interpretar la vida a la luz del mensaje divino contenido en el texto bíblico.

La unidad de la Escritura□

La Biblia es una gran unidad, donde cada libro, cada frase, tiene su lugar y su función para revelarnos el proyecto de Dios. Sus diferentes partes, son como los ladrillos de una gran pared: juntos forman el diseño del proyecto de Dios. El principio de la unidad de la Escritura prohíbe aislar los textos, arrancarlos de su contexto y repetirlos como verdades aisladas y absolutas. Un ladrillo solo no hace la pared. Un trazo solo no hace el diseño. La Biblia no es un camión de ladrillos, sino una casa donde se puede habitar.

La actualidad o encarnación de la Palabra

Los cristianos, cuando leemos la Biblia, no podemos olvidar la vida que cargamos a diario dentro y fuera de nosotros. Descubrimos en las peripecias del Pueblo de Dios descritas en la Biblia el reflejo de aquello que nosotros mismos estamos viviendo. La Biblia, confrontada con la realidad, dentro de una Comunidad, se transforma en espejo: el «hablar de Dios» empieza a aparecer dentro de la realidad vivida por las personas aquí y ahora.

La Biblia se convierte en la «gramática del Pueblo de Dios»; en ella encontramos el modelo de cómo un pueblo escuchó a Dios en su realidad para hacer nosotros hoy lo mismo. Descubrimos que la Palabra no sólo se encarna en aquellas épocas del pasado, sino también en la vida cotidiana de hoy. «¡Ojalá escuchemos hoy su voz!», dice el Salmista□. Y esto implica dejar que las Escrituras sean luz para las nuevas situaciones y aliciente del compromiso cristiano frente a los desafíos de hoy.

La fe en Jesucristo, vivo en la comunidad

Leemos la Biblia a partir de nuestra fe en Jesucristo, vivo en medio de nosotros. Jesús es la llave principal de la lectura que hacemos, personalmente o en comunidad. A medida que Jesús vive y crece en nosotros como lectores, vamos adquiriendo los ojos espirituales que permiten una meditación más profunda. El velo de la oscuridad se rasga, la opacidad de la letra se disuelve y los resplandores del Verbo iluminan nuestra vida y hasta se saborean. Contemplando la Palabra leída a partir de nuestra vida, el Espíritu Santo nos empuja hacia el «compromiso» y una mayor entrega como servidores de un Reino Nuevo en Jesucristo.

Los cuatro momentos de la lectio divina

Lectura, meditación, oración y contemplación son los cuatro pasos de la Lectura Orante de la Biblia. No es siempre fácil distinguir uno del otro. Por ejemplo, lo que algunos autores afirman de la Lectura, otros lo atribuyen a la Meditación y así sucesivamente. La causa de esta falta de claridad está en la misma naturaleza de la Lectio Divina. Se trata de un proceso dinámico de lectura, donde las diferentes etapas nacen una de la otra. Es como el tránsito de la noche hacia el día. En la hora del amanecer, algunos dicen: «¡Es noche todavía!». Otros dicen: «¡El día ya llegó!». Además, se trata de cuatro actividades o actitudes permanentes. La actitud de Lectura, por ejemplo, continúa también durante todo el proceso de la Lectio Divina, aunque, con intensidad diferente conforme al grado en que la persona o la comunidad se encuentren.

La Lectura: apropiar, respetar, situar

La Lectura es el primer paso del proceso de apropiación de la Palabra. ¡Leer, leer, leer!, para familiarizarse con la Biblia: para que ella se vuelva nuestra palabra, capaz de expresar nuestra vida y nuestra historia, pues «fue escrita para nosotros que tocamos el fin de los tiempos»□.

Por la Lectura frecuentamos la Biblia como se visita a un amigo. Existe una semejanza muy grande entre la manera de convivir con el pueblo y con La Biblia. Los dos exigen el máximo de atención, respeto, amistad, entrega, silencio y escucha. Los dos, tanto el pueblo como la Biblia, no se defienden cuando son agredidos o manipulados, pero los dos terminan venciendo al agresor por el cansancio.

La Lectura, así como la vida del pueblo pobre, no pueden depender del gusto del momento, sino que exigen de la persona una determinación constante y continua. La Lectura debe ser perseverante y diaria. Exige sacrificio y disciplina. Debe ser desinteresada y gratuita, en vista al Reino y al bien del pueblo de Dios.

La Lectura prepara al lector y al texto para el diálogo de la Meditación. Para que la Meditación no sea fruto de una fantasía irreal, sino que tenga fundamento en el texto y en la realidad, es necesario que la Lectura se haga con criterio y atención. «Estudio asiduo, hecho con espíritu atento», decía Guigo. A través de un estudio imparcial, la Lectura impide que el texto sea manipulado y reducido al tamaño de nuestras ideas y permite que pueda ser un participante autónomo en nuestro diálogo con Dios, ya que establece el sentido que tiene el texto en sí mismo, independiente de nosotros. Así la Lectura crea en el lector una actitud crítica, sensata y respetuosa frente a la Biblia y ayuda a responder a la pregunta: «¿Qué dice el texto en sí mismo?».

Es aquí, en la Lectura, donde aparece la contribución de la exégesis para la buena marcha de la Lectio Divina. La Lectura, entendida como estudio crítico, ayuda al lector a analizar el texto y a situarlo en su contexto original. Este estudio tiene tres niveles: literario, histórico, y teológico. Sin embargo, el estudio científico del texto no es el fin de la Lectura. Es un medio para llegar al fin. La medida del uso de la exégesis en la Lectio Divina no depende del exegeta, sino de las exigencias y circunstancias de los lectores. Para cierto tipo de pared se usa una broca más resistente que otra. Pero el objetivo es el mismo: perforar la pared. ¡No se usa una broca de mármol para perforar una pared de papel!

El objetivo de la Lectura es: perforar la pared de la distancia entre el ayer del texto y el hoy de nuestra vida, a fin de poder iniciar el diálogo con Dios en la Meditación. ¿Cuál es la broca que perfora esta pared? De un lado, es «el estudio asiduo, hecho con espíritu atento» (Guigo). De otro lado, es «la propia experiencia adquirida de la vida» (Casiano). Pablo VI decía que se debe «procurar una cierta connaturalidad entre los intereses actuales (hoy) y el asunto del texto (ayer), para que se pueda estar dispuesto a escucharlo (diálogo)»□. En otras palabras, la broca es ésta: profundizar a la vez el texto del pasado y nuestra experiencia de hoy. A veces, la Lectio Divina no produce resultados y el texto no habla, no por falta de estudio del texto, sino por falta de profundización crítica de nuestra propia experiencia de la vida, aquí y hoy.

¿Cuál es el momento de pasar de la LECTURA a la MEDITACION? Es difícil precisar el momento exacto en que la naturaleza pasa de la primavera al verano. Es diferente, cada año, en cada país. Pero existen algunos criterios. El objetivo de la Lectura es leer y estudiar el texto hasta que, sin dejar de ser el mismo, se convierta en espejo de nosotros mismos y nos refleje algo de nuestra propia experiencia de vida. La Lectura debe familiarizarnos con el texto hasta el punto de que se convierta en nuestra palabra. Casiano decía: «penetrados de los mismos sentimientos con los que fue escrito el texto, nos convertimos, por así decir, en sus autores». Y es aquí donde nos damos cuenta de que, por medio de ello, Dios está queriendo hablar con nosotros y decirnos algo. En ese instante, doblamos la cabeza, hacemos silencio y afinamos el oído: «Voy a oír lo que el Señor tiene que decir»□. Es este el momento en que la Lectura se transforma en Meditación y se pasa entonces al segundo grado de la Lectio Divina.

La Meditación: rumiar, dialogar, actualizar

La Lectura respondía a la pregunta: «¿Qué dice el texto en sí?». La Meditación va a responder a la pregunta: «¿Qué dice el texto para mí, para nosotros?». ¿Qué es lo que Dios, a través de este texto, nos dice aquí en América Latina y el Caribe a nosotros, religiosos y religiosas que, para obedecer a la Voz del Evangelio, consagramos nuestras vidas a Dios y al pueblo? La Meditación indica el esfuerzo que se hace para actualizar el texto y para llevarlo al interior del horizonte de nuestra vida y realidad, tanto personal como social. El texto, que fue escrito para nosotros, debe también hablar para nosotros. Dentro de la dinámica de la Lectio Divina, la Meditación ocupa un lugar central.

Guigo decía: «La Meditación es una diligente actividad de la mente que, con la ayuda de la propia razón, busca el conocimiento de la verdad oculta». ¿Cuál es esta verdad oculta? A través de la Lectura, descubrimos cómo el texto se situaba en el contexto de aquella época, qué posición tomaba frente a la realidad concreta, qué mensaje tenía para el pueblo de Dios. De aquel tiempo al actual, la situación cambió, el contexto es otro, la realidad es diferente. Sin embargo, la fe nos dice que este texto a pesar de ser de otra época y de otro contexto, tiene algo que decimos hoy. En él debe existir un valor permanente, que quiere producir hoy la misma conversión o cambio que provocó en aquella época. Ahora, la verdad oculta de la que hablaba Guigo es este valor permanente, este mensaje que allí existe para nuestro contexto y que ahora debe ser descubierto y actualizado por la Meditación.

¿Cómo hacer la Meditación? Una primera forma es la sugerida por el propio Guigo, que pide usar la mente y la razón para poder descubrir la «verdad oculta». Se entra en diálogo con el texto, con Dios, haciendo preguntas que obliguen a usar la razón y que intenten llevar el texto al interior del horizonte de nuestra vida. Se medita reflexionando, interrogando: ¿qué diferencias y semejanzas hay entre la situación del texto y la nuestra de hoy?, ¿cuáles son las situaciones de ayer que persisten hoy?, ¿cuáles son diferentes?, ¿qué dice el mensaje del texto a nuestra situación?, ¿qué cambio de comportamiento sugiere para mí, que vivo aquí América Latina?. Y para nosotros y nosotras, religiosos y religiosas, ¿en qué punto nos confirma o interpela?, ¿qué quiere hacer crecer en mí, en nosotros?, etc.

Otra manera de hacer Meditación es repetir el texto, rumiarlo, masticarlo, hasta descubrir lo que nos quiere decir. Es lo que María hacía cuando meditaba las cosas en su corazón□. Es lo que recomienda el Salmo al justo: «Meditar día y noche en la ley del Señor»□. Es lo que Isaías define con tanta precisión: «Sí, Yahvé, tu nombre y el recuerdo de Ti, resumen todo el deseo de nuestra alma»□. Después de haber hecho la Lectura y de haber descubierto el sentido, es bueno tratar de resumir todo en una sola frase, de preferencia del mismo texto bíblico, para llevarla con nosotros en la memoria y para repetirla y masticarla durante el día, hasta que se mezcle con nuestro propio ser. A través de este rumiar, nosotros nos colocamos bajo el juicio de la Palabra de Dios y dejamos que ella nos penetre, como espada de dos filos□. Como el agua que de tanto caer sobre la dura piedra, termina perforándola, «ella va juzgando las disposiciones e intenciones del corazón. Y no hay criatura oculta a su presencia. Todo está desnudo y descubierto a los ojos de aquél, a quien debemos entregar cuentas»□. Nosotros los religiosos y las religiosas, muchas veces nos escondemos detrás de máscaras e ídolos, ideologías, conveniencias, doctrinas repetidas y tradiciones humanas□. Por la Meditación, la Palabra de Dios va entrando poco a poco, va quitando las máscaras, va revelando y rompiendo la alienación en que vivimos, para que nos volvamos una expresión viva de la Palabra oída, rumiada y meditada.

Casiano, apunta otro aspecto importante de la Meditación como consecuencia del rumiar. Dice: «Instruidos por aquello que nosotros mismos sentimos, ya no percibimos el texto como algo que sólo hemos escuchado, sino como algo que experimentamos y tocamos con nuestras manos; no como una historia extraña e inaudita, sino como algo que engendramos desde lo más profundo de nuestro corazón, como si fueran sentimientos que forman parte de nuestro propio ser. Insistimos: no es la lectura la que nos hace penetrar en el sentido de las palabras, sino la propia experiencia nuestra, adquirida anteriormente en la vida de cada día»□. Aquí, ya no parece haber diferencia entre Biblia y vida, entre la Palabra de Dios y nuestra palabra. Ahora conforme a Casiano, es en esta «casi identificación» nuestra con la Palabra de la Biblia, donde está el secreto de la percepción del sentido que ella tiene para nosotros. Casiano dice que la percepción del sentido del texto no viene del estudio, sino de la experiencia que nosotros mismos tenemos de la vida. El estudio coloca los hilos, la experiencia adquirida

genera la fuerza, la Meditación oprime el botón, hace que la energía corra por los hilos y encienda la lámpara del texto. Tanto el hilo como la fuerza son necesarios para que haya luz. La vida ilumina el texto, el texto ilumina la vida.

La Meditación también profundiza la dimensión personal de la Palabra de Dios. Una palabra tiene valor, no sólo por la idea que comunica, sino también por la persona que la pronuncia y por la manera como es pronunciada. En la Biblia, quien nos dirige la palabra es Dios y lo hace con mucho amor. Una palabra de amor despierta fuerza, libera energías, recrea la persona. Meditando la Palabra de Dios, el corazón humano se dilata hasta adquirir la dimensión del propio Dios que pronuncia la Palabra. Aquí aparece la dimensión mística de la Lectio Divina.

Por la Lectura se llega a la cáscara de la letra y se intenta quebrarla, para sacar en la Meditación el fruto del Espíritu: «pues la letra mata, el Espíritu comunica la vida»□. El Espíritu actúa dentro de la Escritura□. A través de la Meditación, se comunica con nosotros, nos inspira, crea en nosotros los sentimientos de Jesucristo□, nos ayuda a descubrir el sentido pleno de las palabras de Jesús□, nos hace experimentar que sin ... ¡ nada podemos hacer□, ora en nosotros con gemidos inefables□ y genera en nosotros la libertad□. Es el mismo Espíritu que colma la vastedad de la tierra□. En el pasado, animaba a los Jueces y a los Profetas; hoy, nos ayuda a descubrir el sentido profético de la historia de nuestro pueblo, que se organiza y lucha por una sociedad más justa con la mirada puesta en los cielos nuevos y tierras nuevas. La Meditación nos ayuda a descubrir el sentido espiritual, esto es, el sentido que el Espíritu de Dios quiere comunicar hoy a la Iglesia a través del texto de la Biblia.

La Meditación es una actividad personal y también comunitaria. El compartir lo que cada uno siente, descubre y asume en el contacto con la Palabra de Dios, es mucho más de lo que asoma a las palabras de cada uno. La búsqueda en común hace aparecer el sentido eclesial de la Biblia y fortalece en todos el sentido común de la fe. Por eso, es tan importante que la Biblia sea leída, meditada, estudiada y rezada no sólo individualmente, sino también y sobre todo en común, pues, se trata del libro de cabecera de la Iglesia, de la comunidad.

¿Cuál es el momento de pasar de la MEDITACION a la ORACION? No es fácil decir cuándo, exactamente, pasa una persona de la juventud a la edad adulta. Pero existen algunos criterios. La Meditación actualiza el sentido del texto hasta tener claro lo que Dios está pidiendo de nosotros, religiosos y religiosas, que vivimos aquí en América Latina. Cuando está claro lo que Dios pide, está llegando el momento de preguntarse: «Y ahora, ¿qué le voy a decir a Dios?». «¿Asumo o no asumo?». Cuando queda claro lo que Dios pide, queda clara también nuestra incapacidad y nuestra falta de recursos. Es el momento de la súplica: «Señor, ¡levántate!, ¡Socórrenos! » (Sal 44,27). En otras palabras, la Meditación es semilla de Oración. Basta practicarla y ella, por sí misma, se transforma en Oración.

La Oración: suplicar, alabar, recitar

En la Lectura se preguntaba: «¿Qué es lo que el texto dice?». En la Meditación: «¿Qué es lo que el texto me dice, nos dice?». Ahora, en la Oración, la pregunta es: «¿Qué es lo que el texto me hace decir, nos hace decir a Dios?». Hasta ahora, era Dios el que nos hablaba a través de la Lectura y de la Meditación. Llegó el momento de dar nuestra respuesta, de expresar, delante de Dios, la reacción que la Palabra oída y meditada provocó en nosotros. Guigo decía: «La Oración es el impulso fervoroso del corazón hacia Dios, pidiendo que aparte los males y conceda las cosas buenas».

Esto no quiere decir que, durante la Lectura y la Meditación, no se debe rezar. Como ya dijimos, se trata de cuatro actitudes permanentes que actúan juntas durante todo el proceso de la Lectio Divina. La actitud de Oración está presente desde el comienzo. Al iniciar la Lectura se invoca al Espíritu Santo. Durante la Lectura, siempre aparecen pequeños momentos de oración. La Meditación ya es casi una actitud de oración, pues, por sí misma se transforma en peticiones. Pero, dentro de la dinámica de la Lectio Divina, a pesar de que todo se ha regado con oración, debe haber un momento especial, propio para las peticiones. Este momento es el tercer grado de la Oración.

La actitud de Oración, frente a la Palabra de Dios, debe ser como aquella de María, que dice: «Hágase en mí según tu voluntad»□. La palabra que María oyó no era una palabra ya escrita en la Biblia, sino LA PALABRA que hacía su entrada definitiva en el mundo a través del anuncio del Ángel y el consentimiento de la Virgen. Luego, ese evento será confiado al texto evangélico para transmitirnos, junto con el episodio de la Encarnación, la actitud de María, capaz de acoger el Verbo de la Vida justamente porque el rumiar era la actitud constante de su espíritu puro y lleno de gracia□. En ella se realiza por antonomasia esa verdad bíblica que nos confirma que sólo los puros de corazón ven a Dios, también en los hechos de todos los días□. Rezando y cantando□, ellos lo encarnan en la vida.

La Oración provocada por la Meditación puede ser una oración espontánea, que brota en el momento de la Lectio Divina. Dependiendo de lo que se oyó, de parte de Dios, en la Lectura y en la Meditación, la respuesta puede ser de alabanza o de acción de gracias, de súplica o de perdón, puede ser hasta de rebeldía o de imprecación, como fue la respuesta de Job, de Jeremías o de tantos Salmos. Como en la Meditación, es importante que esta oración espontánea no sea sólo personal, sino que también tenga su expresión comunitaria en un compartir.

La Oración provocada por la Meditación, también puede ser la recitación de plegarias ya existentes. En este punto el oficio divino presenta una gran ayuda, pues reparte la Lectura a través de las horas del día. El monje oía la Palabra, la memorizaba y la llevaba consigo para rumiarla en los intervalos, durante el trabajo manual. Este fue el caso de Guigo. La Oración se hacía a través de los Salmos distribuidos en las diferentes horas del Oficio Divino. Una de las primeras tareas del monje, al entrar en el monasterio, era aprender de memoria los Salmos, para que sirvieran de portavoz y de apoyo en su diálogo con Dios. Hoy en día ya no podemos repetir el esquema de los antiguos monjes. Los tiempos cambiaron. Sin embargo, queda la inspiración, el modelo y el desafío: memorizar algún Salmo para las horas de necesidad; llevar consigo alguna frase de la Biblia para tenerla presente a lo largo del día, en los intervalos, durante el trabajo, en el bus; crear un esquema de vida adaptado a nuestro modo de vivir y que logre el mismo objetivo hoy en nuestro medio.

Una palabra vale, no sólo por la idea que transmite, sino también por la fuerza que comunica. No sólo dice, también hace. En la creación Dios habla y las cosas comienzan a existir□. El pueblo judío, mucho más que nosotros hoy, tenía sensibilidad para valorar estos dos aspectos de la Palabra y conservarlos unidos. Decían en la lengua de ellos: DABAR que significaba, al mismo tiempo, palabra y cosa: dice y hace, anuncia y trae, enseña y anima, ilumina y fortalece, luz y fuerza, Palabra y Espíritu.

De ahí que la Lectio Divina, que tiene sus raíces en el pueblo judío, también valora esos dos aspectos y los mantiene unidos. Por la Lectura, se procura descubrir la idea, el mensaje que la Palabra transmite y enseña. Por la Meditación y, sobre todo, por la Oración se crea el espacio donde la Palabra hace lo que dice, trae lo que anuncia, comunica su fuerza y nos revigora para el caminar. Los dos aspectos no pueden separarse, pues ambos existen unidos en la unidad de Dios, en el seno de la Santísima Trinidad. Desde toda la eternidad, el Padre pronuncia su Palabra y coloca en ella la fuerza de su Espíritu. La Palabra se hace carne en Jesús, en quien reposa la plenitud del Espíritu Santo.

Finalmente, en la Oración se refleja el itinerario personal de cada uno, en su caminar hacia Dios y en su esfuerzo de vaciarse de sí mismo para dar lugar a Dios, al hermano, al pobre, a la comunidad. Es aquí donde se sitúan las noches oscuras con sus crisis y dificultades, con sus desiertos y tentaciones rezadas, meditadas y enfrentadas a la luz de la Palabra de Dios□.

¿Cuál es el momento de pasar de la ORACION a la CONTEMPLACION? Aquí no hay respuesta. La Contemplación es lo que queda en los ojos y en el corazón, después de terminar la Oración. Ella se sitúa más allá del camino de la Lectio Divina, pues es su punto de llegada. Por ser punto de llegada, es también punto de partida en un nuevo comenzar la Lectura, Meditación y Oración. La Contemplación es como la fruta del árbol: ya estaba dentro de la semilla. Va creciendo poco a poco, madura lentamente.

La contemplación: discernir, saborear, actuar

La Contemplación es el último grado de la Lectio Divina. Es su punto de llegada. Sin embargo, cada vez que se llega al último momento, éste se convierte en la plataforma de un nuevo comienzo. Y así, a través de un proceso siempre renovado de Lectura, Meditación, Oración y Contemplación vamos creciendo en la comprensión del sentido y de la fuerza de la Palabra de Dios. Nunca se llegará al momento de poder decir: «¡Ya realicé todo el objetivo de la Palabra de Dios en mi vida!». Pues, siempre habrá por delante la posibilidad de una mirada más penetrante, una Lectura más profunda, una Meditación más exigente, una Oración más comprometida y una Contemplación más transparente, hasta que todos los velos caigan, hasta que la realidad sea transformada y llegue la plenitud del Reino. Pero, para esto, queda todavía un largo camino□.

En la Contemplación se condensa todo el camino recorrido de la Lectio Divina. Hasta ahora, te colocaste delante de Dios, leíste y escuchaste la Palabra, estudiaste y descubriste su sentido; con ella te comprometiste y comenzaste a rumiarla para que entrase en la dinámica de tu propia vida y pasase de la cabeza al corazón; transformaste todo esto en oración, delante de Dios, como proyecto para tu vida; la sal de la Palabra desapareció en tu vida y le dio un nuevo sabor; el pan de la Palabra fue masticado y te dio fuerza para una nueva acción. Ahora, al fin, teniendo todo esto en la mente y en el corazón, comienzas a tomar conciencia que muchas cosas, que considerabas como fidelidad al Evangelio y a la Tradición de tu Congregación, en realidad no eran nada más que fidelidad a ti mismo y a tus propios intereses e ideas. Comienzas a tener ojos nuevos para observar y evaluar la vida, los hechos, la historia, el caminar de las comunidades, los pobres, la situación del pueblo de América Latina. Es el mirar de Dios sobre el mundo, que así se comunica y se esparce. Este nuevo mirar es la Contemplación. ¡Nuevo mirar, nuevo sabor, nueva acción, que envuelve a todo el ser humano!

San Agustín decía que, a través de la lectura de la Biblia, Dios nos devuelve la mirada de la Contemplación y nos ayuda a descifrar el mundo y a transformarlo, para que sea, nuevamente, una revelación de Dios, una teofanía. La Contemplación, entendida así, es lo contrario de la actitud de quien se retira del mundo para poder contemplar a Dios. La Contemplación, como resultado de la Lectio Divina, es la actitud de quien escudriña en el interior de los hechos, para descubrir y saborear en ellos la presencia activa y creativa de la Palabra de Dios, y, además, para comprometerse con el proceso de transformación que esta Palabra está provocando dentro de la historia. La Contemplación no sólo es meditar el mensaje, sino que también es realizarlo; no sólo oír, sino poner en práctica. No se separan los dos aspectos: decir y hacer, enseñar y animar, ser luz y fuerza. Como María: «Hágase en mí según tu Palabra»□.

Para los fundamentalistas, la Palabra de Dios está sólo y únicamente en la Biblia. El mundo, la vida, la historia, todo esto es antro de perdición. Sólo se salva quien aplica la Palabra de la Biblia en su vida y se aparta del mundo, de la política, de la lucha del pueblo, de los problemas del barrio, etc. La Contemplación corrige este defecto de nuestros ojos y nos convierte. Nos hace descubrir que no es Dios quien está ausente de la realidad. Somos nosotros los que no percibimos su presencia. Nosotros somos los que estamos ciegos□. La Lectio Divina coloca colirio, abre los ojos a los ciegos y hace distinguir. Quita el velo y ayuda a descubrir y a desarrollar el proyecto de Dios en la historia que hoy vivimos; a percibir cómo Cristo, centro de todo, nos hace pasar de nuestro antiguo testamento, a un Nuevo Testamento. Nos lleva a descubrir el sentido de las cosas y a comprometernos con el Reino.

La Contemplación, último grado de la «Escalera de los Monjes», como decía Guigo, «penetra en las nubes e investiga los secretos del cielo». Es el futuro que aquí se anticipa en el tiempo; el comienzo gratuito de la felicidad que esperamos de Dios y que queremos construir a través de nuestro esfuerzo. Guigo tiene varias descripciones que apuntan a este rumbo. Dice: «La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide y la contemplación la saborea. La lectura lleva la comida sólida hasta la boca, la meditación la mastica y la digiere, la oración prueba su gusto y la contemplación es la propia dulzura que alegra y recrea. La lectura alcanza la cáscara, la meditación penetra en el meollo, la oración formula el deseo y la contemplación es el gusto de la dulzura ya alcanzada». Dice más: «La contemplación es una elevación de la mente sobre sí misma que, suspendida en Dios, saborea las alegrías de la dulzura eterna». Lo que más llama la atención, en estas palabras de Guigo, es su insistencia en describir la Contemplación como una sabrosa degustación de la

dulzura que existe en la Palabra de Dios. En la Contemplación, según parece, la experiencia de Dios suspende todo, relativiza todo y, como por un instante, anticipa algo de la alegría que «Dios preparó para aquellos que lo aman»□.

Guigo dice las cosas con palabras del siglo XII. Un agricultor, dice las mismas cosas con las palabras del pueblo latinoamericano de nuestros días: «Cuando yo fui comenzando ese caminar aquí en la escuela bíblica, fui viendo y sintiendo que la Biblia no es broma. Que ella exige mucho de uno. Exige que vivamos lo que oímos, leemos y lo que vamos aprendiendo. Allí yo pensé que no iba a aguantar el ritmo. Pensé en dejar la Escuela Bíblica. Aguanté un poco más y ahí estoy notando que si uno deja que la Palabra de Dios penetre, uno se va divinizando. Así la Palabra te invade y uno ya no puede más separar lo que es de Dios y lo que es nuestro; ni cuál es la Palabra de Dios y cuál la de uno mismo. La Biblia hizo eso en mí».

Todo el proceso de la Lectio Divina está en estas palabras. Está descrito de una manera que le daría envidia al propio Guigo. Saborear la dulzura (exigente) del Señor y sentir la alegría de su presencia en medio de nosotros, es lo que acontece aquí en la vida de este agricultor. Como él hay muchos, millares. La Contemplación es lo que vemos que sucede en las comunidades. A pesar de toda la lucha, sufrimiento, derrota, engaños, pobreza, hambre, enfermedad, el pueblo de Dios muestra una sorprendente alegría. ¡Alegría a pesar de todo! Es la promesa de Jesús que aquí se realiza: «Nadie podrá quitarles la alegría»□. Alegría que nace de una certeza mayor: presencia cierta de los amigos en las horas inciertas, presencia cierta de Dios en todas las horas. Alegría que nace de la esperanza de vencer un día en la lucha y de mejorar este mundo como dice el canto: «Nuestra alegría es saber que un día todo este pueblo se liberará, pues Jesucristo es el Señor del Mundo, ¡Nuestra esperanza se realizará!». ¡La Contemplación es todo esto!

La Contemplación, como punto final de la escalera, es el descanso para un nuevo comienzo. Es como subir una torre muy alta. Alcanzamos el primer descanso de una escalera de tres etapas: Lectura, Meditación y Oración. En la ventana del primer descanso, nos paramos y contemplamos el paisaje. Después continuamos la subida hasta el segundo descanso por otra escalera, también de tres pisos: Lectura, Meditación y Oración. En la ventana del segundo descansillo, descansamos otro poco y contemplamos de nuevo el mismo paisaje. ¡Nos parece más bonito! Dan ganas de subir más para observarlo mejor. Y así vamos subiendo, cada vez más arriba, en un proceso que no termina nunca. Va leyendo siempre la misma Biblia, mirando siempre el mismo paisaje. En la medida en que subimos, la visión se profundiza, el paisaje es más amplio, más real. Uno distingue su casa, su barrio. Encuentra allí, en medio de su vida, la historia de sus andanzas. Y así va subiendo, junto a los compañeros, intercambiando ideas, ayudándose los unos a los otros, para no dejar a nadie atrás. Y así vamos subiendo, hasta que lleguemos a contemplar a Dios cara a cara□, y en Dios, a los hermanos, la realidad, el paisaje, en una visión completa y definitiva.

La Contemplación es eso y ¡mucho más! «Mucha luz, mucha nube limpia y el pueblo alegre, cantando... yo pienso que es un pedacito de resurrección, aún en sueños. La gente prudente no alcanza a ver ese desahogo de la resurrección, porque tiene siempre la sombra del sufrimiento y de la lucha... va a demorar, pero un día, yo sé que la resurrección de la felicidad, mejor que el sueño, va a llegar para el pueblo... ¡Un día la resurrección va a bajar a nuestra tierra...! ». ¡Son palabras de un albañil!

¿Cómo hacer la Lectio Divina hoy?

Lo más fácil sería seguir, sin más, los cuatro escalones de la Lectio Divina. Pero hay diferencias fundamentales entre la Lectio Divina recomendada por Guigo y nuestra manera de vivirla hoy. Estas diferencias no nos permiten trasladar sin más los cuatro escalones para orientar nuestras reuniones comunitarias alrededor de la Biblia. Veamos.

a. El objetivo de Guigo es orientar la lectura personal de los monjes que conviven en el mismo monasterio, integrados en una vida de comunidad. Generalmente, nuestra Lectio Divina no se realiza a nivel personal, sino comunitario y reúne a personas que no desarrollan el mismo trabajo, no tienen el mismo ritmo de vida y muchas veces no viven en la misma comunidad o no conviven en la misma casa.

b. Nuestras reuniones comunitarias alrededor de la Biblia tienen como finalidad estimular y orientar a las personas para que se dispongan a una lectura diaria de la Biblia, que las lleve a alimentar su vida y la vida de su comunidad con la luz y la fuerza liberadora de la Palabra de Dios. Por eso, cuando las persona del grupo ya tengan asumida la lectura de la Biblia en el ritmo diario de sus vidas, la Lectio comunitaria hasta podría acabar. Lo que no puede acabar es la lectura diaria de la Biblia. La Lectio comunitaria es como los andamios alrededor de un edificio en construcción. La lectura diaria es el edificio. Cuando el edificio está listo, se sacan los andamios y se queda sólo el edificio.

c. En el siglo XII, la Lectio Divina, recomendada por Guigo, estaba integrada en el ritmo diario de la vida de los monjes y del propio pueblo de la época. Vida marcada por el ambiente comunitario de la oración litúrgica y por la realidad dura del trabajo para sobrevivir. El lema de los monjes era: rezar y trabajar, «Ora et labora». En otras palabras, aquellos tres ángulos de preocupaciones de nuestro método de lectura hoy, estaba en los monjes: el texto de la Biblia (Lectio), el ambiente comunitario de fe y de oración (Ora) y la realidad dura de la vida del pueblo (Labora). Los tres estaban integrados en el ritmo de su vida diaria. Por eso, Guigo no se preocupó de llevar la realidad de la vida del pueblo a la Lectio, ni de hacer una reunión para rezar juntos. El pez que vive en el agua, no se preocupa por el agua, pues sella está presente en todo lo que hace. El pez sacado fuera del agua, la primera cosa que necesita para sobrevivir es el agua. De lo contrario, ¡muere!

Ahora bien, si, sacada de este contexto de los monasterios y de la vida del pueblo de la Edad Media, trasladamos la Lectio Divina a la reunión mensual o semanal de un grupo de religiosos y religiosas del siglo XXI en América Latina y el Caribe, lo primero que necesita para ser verdaderamente Lectio Divina es el «Ora et labora». Es decir, necesita el clima comunitario de oración y la presencia de la realidad dura de la vida del pueblo. Si no es así, no tiene sentido y acaba muriendo. Sin este contexto del «Ora et labora», la Lectio Divina ya no sería recomendada por Guigo. Son exactamente estos dos, los elementos que los pobres han retomado en la lectura de la Biblia. Ellos supieron recuperar lo que nosotros, religiosas y religiosos, habíamos olvidado. La práctica de la lectura de los pobres es la versión latinoamericana, mejorada y actualizada, de la práctica secular de la Lectio Divina.

d. Finalmente, una última consideración. Guigo, en su sabiduría práctica, no hizo nada más que sistematizar en cuatro peldaños el proceso normal de la lectura provechosa de la Biblia. Quien desea leer la Biblia con provecho, ¿qué es lo que debe hacer? El buen sentido y la práctica secular del pueblo de Dios, desde el Antiguo Testamento, responden lo siguiente: primero debes leer el texto y volver a leer otra vez, hasta entender lo que está escrito. Es la Lectura. Luego debes asimilar lo que has leído y introducirlo dentro de tu vida y de la vida de la comunidad. Es la Meditación. Después debes tomar una postura ante el mensaje que captaste en la lectura y en la meditación, y responder a Dios si aceptas o no. Es la Oración. Finalmente, el resultado de la lectura que queda en tus ojos te ayudará a apreciar ya degustar mejor las cosas de Dios y de la vida. Es la Contemplación. Este es un camino seguro, no hay otro. Por eso la Lectio Divina es válida hasta hoy.

En otras palabras, los cuatro peldaños no son técnicas de lectura, sino etapas de un proceso normal de asimilación de la Palabra de Dios en la vida, a través de la lectura meditada y orante. No son normas técnicas para orientar nuestras reuniones mensuales o semanales en torno a la Biblia, sino actitudes básicas que todos debemos tener siempre ante la Palabra de Dios. Ellas deben estar presentes tanto en la lectura personal como en la lectura comunitaria, tanto en la práctica sencilla de lectura de los pobres, como en el estudio científico de los exegetas.

LA TARDE ESTA CAYENDO: ¡INVITEMOSLO A QUEDARSE!

Ignacio Madera Vargas, sds.

Resumen: Emaús para la vida religiosa de América Latina y el Caribe es una invitación a aprender a departir manteniendo la escucha atenta, para asimilar y vivir la consolación y recuperar la esperanza que nos posibilita la felicidad en el camino. Invitar a Jesús a quedarse con nosotros y nosotras, significa querer vivir la alegría y la felicidad de ser lo que somos, vivir como vivimos, anunciar lo que anunciamos, en la certeza de la permanencia de Cristo el Señor en nuestras vidas, que se realiza a través de la oración, con la convicción de que El siempre ha estado ahí y estará en el camino.

Síntese: Emaús para a vida religiosa de América Latina e Caribe é um convite para aprender a repartir mantendo-se na escuta atenta para assimilar e viver a consolação e para recuperar a esperança que nos possibilita a felicidade de ser o que somos, viver como vivemos, anunciar o que anunciamos, na certeza de que Cristo, o Senhor, permanece em nossas vidas, permanência que se realiza através da oração, na convicção de que Ele sempre esteve presente e estará em todo o caminho.

Es poco usual acoger a un desconocido e invitarle a entrar en la propia casa en estos tiempos del individualismo y la sospecha. Lucas, en el camino de Emaús, ofrece el relato de este gesto inusual por parte de los discípulos. A un desconocido que aparece sin ser invitado y que interviene en la conversación sin pedir permiso, se le invita a quedarse y a entrar en la casa. La sorpresa natural o el rechazo radical ante alguien que se les ha aparecido de repente, es sustituida por una invitación después de la conversación acerca de aquello que les trae confundidos: «!quédate con nosotros, que la tarde está cayendo!»□. La forzosa invitación es causada por la caída de la tarde. Si viene la oscuridad a lo largo del caminar debemos detenernos y entrar en el lugar que nos proteja, que nos permita recogernos e ir a la intimidad para evitar los peligros y las dificultades, los riesgos y las angustias que se encuentran en el recorrido de un camino a oscuras. Porque la tarde está cayendo, por eso, se invita a Jesús a quedarse.

Este camino de Emaús para la vida religiosa del continente es una invitación a reconocer la caída de la tarde, las oscuridades que nos impiden seguir andando en claridad, los sobresaltos que generan igualmente sombras o días sombríos, para detenernos y entrar en la casa, y continuar la conversación y el compartir con El. Por ello, será un caminar valioso y con sentido en la medida en que realice en las prácticas diarias de los religiosos y religiosas del continente esta invitación de los discípulos a Jesús para quedarse. A quedarse en nuestros pueblos, en nuestras comunidades y a entrar en la intimidad de nuestro propio corazón volcado hacia la historia; para allí, volver a reanudar las conversaciones del camino que hacen arder la vida y abrirnos a la comensalidad comunitaria en la cual será posible descubrirle a El, a Jesús, resucitado.

Para los discípulos es la hora de la tarde y es posible que también lo sea para nuestras vidas como religiosos y religiosas así como también puede serlo para tantos dramas por los que pasan las mayorías doloridas de nuestros pueblos amerindios. Pero porque es de tarde la invitación a entrar es un imperativo que expresa la preocupación de los discípulos porque el compañero del camino no se vaya sino que entre a la casa y allí puedan continuar el discurrir iniciado en el camino, en la tranquilidad serena del hogar, entonces se podrá profundizar mucho mas en lo relatado y se podrán descubrir sentidos nuevos.

Nos gusta sentirnos bien

A lo largo de la vida tenemos momentos gratos que nos gustaría perpetuar. No querríamos que ellos pasaran, son tantas las oscuridades de la tarde, que sentimos la urgencia y la necesidad de un sentarnos tranquila y dulcemente a contemplar la caída del sol, mucho mas hermosa si el se posa suave y lentamente sobre las aguas verdeazules del mar en calma. Por ello, es natural que sintamos ganas de ellos y queramos buscar, el bienestar. Y creo que esto no es negativo.

Pero es necesario que miremos las diversas aristas de esta misma búsqueda. El bienestar para el poderoso consiste en tener mucho y disfrutarlo: dinero para invertir, comprar, viajar, dominar, disponer, divertirse. Y el bienestar para los humildes consiste en poder tener con que comer y donde vivir, con que amanecer al día siguiente, porque ya le basta a cada día su afán. Lo demás, vendrá según las oportunidades y las posibilidades.

Las actualmente denominadas sociedades desarrolladas se llaman a sí mismas sociedades del bienestar en cuanto que ellas tienen resueltos los problemas económicos de las mayorías; sin embargo, están generando al mismo tiempo el denominado cuarto mundo. Algunas de las víctimas de la sociedad del bienestar son los viejos abandonados en la soledad de sus casas, palacios de cristal sin amor; los extranjeros confinados en los guetos, insultados y vejados como extraños, incómodos e insoportables; los jóvenes drogadictos que organizan pandillas y bandas ávidas y sedientas de emociones fuertes, no importa si su búsqueda destruye la vida de los otros y la suya; las mujeres y ancianas deprimidas a causa de tanta soledad insoportable; la avidez insaciable por el consumo de lo necesario y lo superfluo. Y tantos otros problemas de inseguridad, de insatisfacción y pérdida del sentido de la vida que afecta a las sociedades del bienestar.

Lo anterior nos está diciendo que el bienestar no consiste en el mucho tener sino en la armonía entre el ser y el tener. Buscar el bienestar no es en sí mismo malo, mas aún, es lo que Dios quiere para todos nosotros, hombres y mujeres creados a su imagen divina. Debemos sentirnos bien, no solamente dentro de nuestra piel sino también en el medio ambiente en el cual vivimos. Hemos sido creados para ser felices, llamados a la construcción de la propia personalidad en el amor y a gestar las estructuras y los procesos que provoquen la felicidad de los hermanos y hermanas de las sociedades que conformamos. Por ello, la vida religiosa debe estimular un sano gozo por vivir y por vivir a su manera.

Una cierta mentalidad que consideró o considera el dolor y el sufrimiento como la expresión mas adecuada de la cruz, unida a comprensiones del sacrificio como redentor y de la prueba dolorosa como necesarios para vivir en verdad lo cristiano, nos ha llevado en la vida religiosa a una relativa desconfianza ante el bienestar; aún más, algunos superiores y superioras han saciado sus disfunciones masoquistas o sádicas colocando pruebas que incluían como componente fundamental el sufrimiento artificialmente causado a sus hermanos y hermanas para determinar la intensidad de sus virtudes heroicas. ¡Nadie está llamado a ponernos artificialmente a prueba! ¡Ya nos basta con las pruebas que nos trae la vida vivida con pasión y gozo de vivir!.

En continua afirmación de la opción por Jesús

Es necesario que le digamos a Jesús que se quede con nosotros y nosotras porque se hace tarde. En el atardecer no todo es claridad, la oscuridad empieza a entrar y entonces necesitamos claridad, luz, para ver. «¡Quédate con nosotros porque nos consuela tu presencia!». «¡No queremos que sigas el camino!». Este quedarse con nosotros y nosotras, se realiza en el descubrimiento diario de la acción de Dios en nuestras vidas. En la contemplación desde los ojos de la fe de la realidad que nos rodea, en la búsqueda de respuesta a la pregunta: «¿quién dices tú que soy yo?». Cuando Jesús hizo esta pregunta a los discípulos, en términos de lo que de El decía la gente, ellos respondieron con rapidez lo que de El se opinaba por ahí. Pero cuando la hizo a ellos directamente se quedaron callados, solo Pedro respondió a esta pregunta que compromete. ¿Quién decimos que es Este al que le pedimos que se quede con nosotros en este atardecer?. ¿A quien le pedimos que entre a nuestra casa?.

El pedirle a Jesús permanecer con nosotros conlleva el que ya hemos optado por El en el camino. En estas tardes de la vida, consolados y consoladas por lo que dicen de El las escrituras, afirmemos nuestra opción por El. Sí, Jesús, quiere quedarse contigo, quiere ser el sol que mantiene el vivo traslucir de nuevos colores en este atardecer de desilusiones y desencantos. De allí que nos sintamos llamados y llamadas a revivir en cada uno y cada una de nosotros y nosotras, la necesidad de sentirlo siempre cercano, porque en tiempos de desolación y de tribulación el cristiano se crece en la esperanza y la conciencia de resurrección continua venciendo las tinieblas y sombras de muerte.

Para que se quede con nosotros y nosotras

Que Jesús se quede con nosotros y nosotras es querer vivir en alegría y felicidad. Tenemos necesidad de recuperar la alegría porque las situaciones que vivimos en nuestros países, las dificultades de la vida cotidiana, la complejidad que es construir una vida fraterna sana, y los sinsabores y desengaños de la misión nos abocan al gran riesgo de perder la alegría y el gozo de vivir. Que Jesús se quede con nosotros y nosotras es precisamente la condición que nos puede devolver la felicidad a pesar de todo. La alegría de ser lo que somos, de vivir como vivimos, de anunciar lo que anunciamos. Esta es quizás una condición que hará que otros y otras quieran hacer la misma experiencia y unirse a nosotros y nosotras para compartir nuestra felicidad. El bienestar cristiano es esa paz interior que se refleja en la entereza con la que vamos asumiendo las adversidades de la vida, no porque no sintamos dolor sino porque estamos seguros de haber invitado al Cristo Señor ha estar allí, en el centro.

La permanencia de Jesús en nuestras vidas se realiza a través de la oración, de la oración sincera, sentida, a la manera de Jesús. El diálogo tranquilo de la tarde en penumbra recrea la relación con el caminante y llena de consolación el instante rojo amarillo del atardecer cotidiano de cada existencia vivida intensamente. La oración como la fuerza más grande del mundo□, el diálogo que recupera la esperanza y reconstruye la felicidad, que recrea la necesidad de ser mayores que los infortunios del tiempo presente y gestores de la novedad de una vida que sabe sacar la fortaleza de lo pequeño que es hermoso y de lo sublime de un continuo referirse a Dios.

Orando a la manera de Jesús

Jesús rechaza la oración mecánica, la repetición rutinaria de fórmulas que aunque sean tradicionales, no dejan de ser muchas veces momificadas y cosificadas. La tradición sálmica debe ser recreada en la vida de las comunidades. No es oración al estilo de Jesús de Nazaret la repetición a la carrera de unos rezos de memoria, sino el gustar el sentido histórico del salmo, su resonancia en la comunidad de Israel y su posible actualización en las comunidades de hoy. Por ello, también estamos llamados y llamadas a construir nuestros cánticos, a recuperar nuestras gestas y a vivir la vibración del poeta que recrea por la palabra la grandeza de las cosas del amor y de la vida, las aventuras de la esperanza y la fantasía creadora que se atreve a proponer porque ya es hora de la caída de la tarde. Es entonces la invitación a una oración que se nutre de la vida, y de la vida con todo lo que ella es y nos trae.

Jesús rechaza la oración farisea que alaba al propio yo y minusvalora la experiencia religiosa de los otros. «Te alabo Señor porque no soy como los otros»□. La oración a la manera de Jesús es humilde, confiada, capaz de reconocer ante el Señor, a quien no podemos engañar, todo lo que nos falta para merecer que se quede en nuestra casa. Por ello la experiencia de una oración humilde, confiada y serena puede nutrir nuestra vida y llenarla de Evangelio. La oración que conoce y reconoce el propio pecado, la participación consciente o inconsciente en el pecado del mundo nos permite reconocer críticamente las estructuras de opresión, de anulación de lo humano, de irrespeto a los derechos de los hombres y mujeres de esta humanidad contemporánea. Como también nos abre los ojos y nos posibilita oír con claridad todos los modos como las generaciones de este tiempo han impedido a tantos hermanos y hermanas el ser y expresarse en libertad, el construirse como imágenes de Dios Padre y Madre.

Jesús pide una oración capaz de entrar en la intimidad, en lo profundo de la realidad que somos para presentarla al Padre que todo lo conoce. No hay situación humana que no podamos presentar al Señor en la oración. Reconocer la horas de tinieblas para sentir la proximidad de las horas de la luz. La fidelidad a la persona de Jesús en el camino, la capacidad de pedirle que venga a quedarse con nosotros imperativamente, dependerá de nuestra capacidad de dialogo orante con el Padre de Jesús animados por la fuerza de su Espíritu. Dialogo diáfano con la comunión que es Dios quien nos invita a ser capaces de construir comunión en nuestras comunidades y con todos aquellos a quienes servimos.

Para ir a la casa

¿Y hacia donde nos conduce la invitación a quedarnos con El?

Hacia la casa. El oikos modelo que privilegiaron las comunidades primitivas para vivir la experiencia de seguimiento de Jesús. El cristianismo no se inició como una religión del templo sino como la aventura de vivir una confesión de fe en torno a la casa. Y la casa significa el hogar. El carácter familiar del cristianismo primitivo, nos hace pensar en la necesidad de sustituir el modelo conventual centrado en el reglamento y el horario al modelo de la casa centrado en las relaciones de amor y de cariño mutuos. Volver a la casa de la fe para disfrutar en ella juntos aprendiendo allí a construir felicidad.

¿Pero de qué casa y de que hogar hablamos en un tiempo en donde la estructura de la familia nuclear está en crisis? ¿En donde nos encontramos con familias sin padre o madre, porque ellos se han separado a los pocos años casados? Hablamos entonces del modelo que ha sido la familia nuclear, no como un ideal inaccesible o una idealización sin soportes sino como el modelo que todavía se puede identificar desde los sectores populares del continente, el de esas familias en donde el padre se gana el pan de cada día con el sudor de su frente, la madre está igualmente en la lucha por la subsistencia y los hijos comparten las luchas de la vida y se van construyendo juntos en una unidad familiar que se celebra sobretodo en las comidas y en las fiestas. El modelo lo tomamos entonces del mundo popular y no de las formas críticas de parejas o de hogares de otras clases, en las cuales, el modelo del hogar no es evidente porque los intereses y la comprensión del bienestar, como lo señalé al iniciar esta reflexión, son otros. Definido así el lugar desde el cual quiero señalar el tránsito que como religiosos debemos dar al modelo del oikos, quiero reflexionar un poco mas detenidamente sobre lo que comprendo por ello.

En la casa, el padre de familia es feliz porque sus hijos logran lo que el no pudo lograr en el pasado. El modelo de la casa diluye toda rivalidad o toda envidia por los éxitos de los hermanos y hermanas, porque cada uno y cada una quieren asumir la actitud del Padre que desea lo mejor para sus hijos, su superación, su progreso, su desarrollo en armonía. El clima de la casa, el color de tarde que penetra por las puertas y ventanas de ella, nos hace mirar el rostro de los hermanos y hermanas en sus claros y oscuros pero igualmente nos permite y posibilita, según el modelo del hogar, disfrutar del progreso de todos y todas, estimular sus cualidades, gozar sus triunfos y desarrollar el sentido de auténtica familia religiosa.

En la casa los hermanos discuten y pelean pero por encima de sus conflictos está el amor de hermanos que les lleva a la reconciliación lo mas pronto posible porque hay una palabra del Padre reclamando que los hermanos no se pelean, que lo propio de los hermanos es la búsqueda de la armonía y la consolidación de la paz del hogar. Y entonces, los resentimientos se diluyen y la armonía vuelve a ser la que unifica las luchas comunes. El perdón no se dará mientras no seamos conscientes de estar construyendo hogares de hermanos y hermanas, lugares de construcción de comunión en la diversidad que hace crecer y fortalecer la experiencia del amor fraterno. Mientras mantengamos el modelo de convento, en donde podemos caminar por corredores oscuros o relucientes sin mirarnos a los ojos o sin detenernos frente a frente a escuchar y hacernos escuchar, nuestra vida de fraternidad es solo una propuesta imposible.

En la casa el dolor de un hijo es el dolor de todos y cuando alguno o alguna se pierde todos buscan rescatarlo (a) y redimirlo(a); y si no tiene solución por el momento, se mantienen a la espera de que algo nuevo pueda suceder y una salida se pueda encontrar para el hermano o la hermana descarriados. Aprender a descubrir en los rostros deformados por el sufrimiento psicológico, por las taras de la infancia o por los infortunios insospechados de la existencia, de tantos hermanos y hermanas enfermos de la mente y del cuerpo, al interior del hogar comunidad, no es tarea fácil en esta hora en la cual muchas mentalidades colectivas quieren desplazar del seno de la vida familiar al enfermo y al anciano, al débil y al desadaptado. Y con ello no quiero hacer apología de las disfunciones, Dios me libre, sino reconocer que la vida de hogar encuentra también lugar para buscar para los hermanos y hermanas que padecen situaciones de descontrol de su equilibrio emocional, una salida y una alternativa que les ayude a re-encontrar su propia felicidad, quizá dejando la casa y yendo al lugar en donde encontrar solución a sus carencias, pero también allí, conectado al calor del hogar.

En la casa, cuando un hermano o hermana se va, se sufre y se siente la nostalgia. Su partida se acepta cuando es para su bien, pero siempre se le recuerda y se le llama, se le escribe y se le tiene en cuenta. Y cuándo el o ella no quieren saber de la familia, este silencio se respeta y se mantiene a la espera de la vuelta a la casa paterna siempre abierta ¿Cómo tenemos en cuenta a los hermanos y hermanas que han vivido con nosotros? En el modelo conventual se trata de funcionarios o funcionarias que son trasladados de un lado para el otro según las necesidades institucionales y no según sus carismas y teniendo en cuenta sus procesos personales.

Renovar la vida religiosa es hacer un serio proceso de transición del modelo conventual al modelo de la casa. Y esto no está necesariamente ligado al tipo de casa en la cual se viva, es decir a determinados modelos de construcción locativa. Teniendo claro que estructuras simplificadas y pequeñas pueden ser mas favorables a una vida de hogar es igualmente necesario saber que no es la estructura externa la que cuenta en primer lugar sino la dinámica del Espíritu que dentro de ella se realiza. Pequeñas casas pueden ser infiernos grandes. Se trata de que las pequeñas comunidades sean auténticos hogares.

Entrar a Jesús en la casa meditando acerca de la necesidad de seguir gustando las escrituras es parte constituyente de este tiempo de gracia que es el Camino de Emaús para la vida religiosa latinoamericana y caribeña. Aprender a conversar manteniendo la escucha atenta de la palabra que se nos relata para pedirle a Jesús en cada tarde como los discípulos allí: «quédate junto a nosotros». La Palabra Santa de la Escritura, sobretodo de la Neotestamentaria nos irá enseñando a escuchar cada vez mas y mas para aprender a vivir la consolación que nos dan los textos santos; y consolados por ellos, recuperar la esperanza que nos posibilita la felicidad en el camino. Esa felicidad de los pobres y sencillos que no se destruyen a pesar de las tragedias cotidianas y que se crece cuando las cruces son grandes, porque la fuerza de la fragilidad es mas grande que los poderes del poder y el valor de la pequeñez es mas grande que los gritos estridentes de los prepotentes.

Y mantener la esperanza

Entrar en la intimidad de la casa religiosa, acompañados por Jesús para seguir forjando los procesos y las experiencias que nos permitan nacer al hombre y a la mujer nuevos a imagen de Cristo Señor. Entrar en la intimidad para allí escuchar los gritos que vienen de los diversos caminos de América: gritos de campesinos, de desplazados, de víctimas inocentes de guerras entre hermanos, de indígenas arrinconados en las selvas o en las gélidas montañas de los Andes, de negros segregados en todos los palenques contemporáneos del racismo y la exclusión, de los pobres de ayer y de hoy, de los marginados de todos los tiempos y de los rostros crucificados que no pueden esperar de la vida religiosa ninguna actitud diferente a la del samaritano de la parábola contada por Jesús en los evangelios.

Hermosa y singular aventura que apasiona por un modo de vivir que hoy mas que nunca necesita este continente de la vida y la esperanza. Sí, porque es necesario que recuperemos la pasión por este estilo de vida, es urgente que se vea que a pesar de todo lo que nos ha venido angustiando y preocupando a lo largo del camino, El ha estado siempre allí, en el camino. Y que en todo atardecer le seguimos invitando a entrar en la trama de nuestros relatos, a recrear nuestras historias fallidas, nuestros intentos frustrados y nuestras ilusiones desgastadas. Solo la serena aceptación de esta compañía grata, que traspasa los umbrales de las puertas y penetra a la intimidad, nos permitirá reconocerle en la fracción del pan, allí, siempre resucitado.

UN RETO A LA FANTASIA CREADORA

LA EVANGELIZACIÓN HACIA EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA

Ignacio Madera Vargas, sds.

Resumen: La acción evangelizadora en esta hora del continente tiene que hacerse de manera nueva, inédita, sugestiva, creadora de lo que no se ha provocado o producido todavía. Conlleva una espiritualidad, una dinámica del espíritu que suscita una progresiva conciencia de la necesidad de ser auténticos seguidores y seguidoras de Jesús, disponibles y dispuestos a luchar contra las nuevas idolatrías del presente. Una espiritualidad de pequeño resto de la resistencia, de la confianza sin condiciones en Dios, de la esperanza y de la fiesta que celebra la vida en curso. La acción evangelizadora está urgida de una profunda revisión de la expresión y de la recuperación del lenguaje simbólico. Urge un lenguaje teológico, catequético, litúrgico que hable de los que hemos visto, oído y tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de la vida. Una teología que vuelva a lo fundamental: los pobres. Ellos siguen siendo el lugar teológico que no puede pasar porque lo son en la perspectiva del Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

Síntese: A ação evangelizadora nesta hora do continente deve ser feita de uma maneira nova, inédita, sugestiva e geradora de coisas que ainda não foram provocadas ou produzidas. Nosso tempo pede uma espiritualidade, uma dinâmica de espírito que desperte uma progressiva consciência da necessidade de sermos autênticos seguidores e seguidoras de Jesus, disponíveis e dispostos a lutar contra as novas idolatrias do presente. Pede espiritualidade de pequeno resto, espiritualidade da resistência, da confiança incondicional em Deus, da esperança e da festa que celebra a vida. Na ação evangelizadora é urgente uma profunda revisão da expressão e a recuperação da linguagem simbólica. Urge uma linguagem teológica, catequética, litúrgica que fale do que temos visto, ouvido e tocado com nossas mãos a respeito da Palavra da Vida. Uma teologia que volte ao fundamental: os pobres. Eles continuam sendo o lugar teológico que não pode passar porque eles o são na perspectiva do Evangelho de Nosso Senhor Jesus Cristo.

Evangelizar de manera nueva en esta hora del continente significa asumir el reto de desarrollar la creatividad a partir de la fantasía. Porque las grandes preocupaciones y las agudas angustias que viven las mayorías pobres de estas tierras, víctimas de la explotación y el pillaje a lo largo de una historia de tragedias que parecen no tener final en esta hora neoliberal, son un reto ineludible al hablar del anuncio renovado y novedoso de Jesucristo como posibilidad de salvación para los hombres y mujeres que somos.

La Iglesia, antes que llamada a preservar la pureza de las confesiones de fe de los hijos e hijas de América india, mestiza y afro, esta llamada a preguntarse en primer lugar por el nuevo espíritu testimonial que debe animarla. La primera y gran preocupación del quehacer evangelizador ha sido y será la presencia de vidas impregnadas de la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, es decir, portadoras de una creciente fascinación por la persona adorable de Jesús y comprometidos con su causa: el Reino que se revela a los pequeños. Un entusiasmo constituyente, es decir, una experiencia de fe que lo invade todo, es la primera alternativa para quienes queremos ser portadores de la Buena Noticia en estos tiempos del continente.

Es evidente que las nuevas expresiones religiosas, algunas inspiradas en la reforma, otras en las religiones orientales, en gnosticismos grecorromanos, o en corrientes de la psicología contemporánea que asumen el mito y el ritual como factores que expresan realidades del sujeto, son un reto a la identidad evangélica de la Iglesia y a la búsqueda renovada de rescatar las mas auténticas tradiciones del quehacer teológico latinoamericano. En este contexto comprendo las llamadas que nos vienen de la realidad para que de verdad la evangelización sea nueva y no simplemente reformada. Nueva, es decir inédita. Nueva, es decir, sugestiva. Nueva, es decir, creadora de lo que no se ha provocado o producido todavía.

El futuro exige, repito una vez más, del desarrollo de la fantasía creadora y de la inventiva sugestiva, para salir al cruce de todos los fundamentalismos de corte católico o reformado, inspirados en tradiciones de oriente o en filosofías sincretistas. La disolución de la identidad religiosa cristiana en expresiones que integran elementos de todos los credos y tratan de hacer referencia a todas las expresiones de lo humano, plantea una problemática con relación a lo propio de la tradición latinoamericana gestada a la luz de las Conferencias de Medellín, Puebla y Santo Domingo. Y ello, porque algunas de estas propuestas son prioritariamente, subjetivistas y ahistóricas. Se ofrecen y son asumidas por las masas como la mejor salida ante tanta angustia generada por el desempleo, la carencia de servicios públicos, las deficiencias en la prestación de servicios de salud y la no satisfacción de las necesidades básicas mínimas. O también, como el refugio adormecedor para unas clases medias asfixiadas e incapacitadas para lograr el modo de vivir de las clases altas cada día más distantes en el gozo sin competencias de ser los únicos propietarios de todas las oportunidades de este mundo.

El futuro exige pensar entonces en las nuevas estrategias que debemos utilizar para hacer que la propuesta de Jesús cautive a todos los que peregrinamos en este continente de sangre y esperanza. La Evangelización del continente será novedosa en la medida en que desarrolle nuevos dinamismos espirituales, adecuados registros de lenguaje que la signifiquen, renovada teología que la sustente, nuevos ministerios que la impulsen y nuevos sujetos que la estimulen.

Dinamismos espirituales novedosos

Evangelizar conlleva suscitar un proceso de fascinación por una propuesta de construcción de lo humano que implica al sujeto y a la sociedad. La Buena noticia que porta el evangelizador es el nervio fundamental que activa las acciones y reacciones de quienes la escuchan: «¡ha resucitado el Señor y lo hemos visto!» □. Por lo tanto, se evangeliza y se es evangelizado; o sea, la evangelización es un continuo crear y recrear dinamismos de vida que conllevan la transformación de la propia personalidad en el hombre nuevo y de la sociedad en estructuras y modelos alternativos que hagan posible la construcción de ese hombre en formas de ser y vivir más cercanas al Reino. Y si el Reino pertenece a los pequeños, a los marginados, a los excluidos, a las víctimas, entonces la evangelización se orienta en primer lugar hacia la suerte de los oprimidos por cualquier sistema de iniquidad. Podemos decir, que la situación de las víctimas de los diversos sistemas opresores es la inquietud primera del evangelizador de hoy y del futuro □.

La tarea evangelizadora es algo así como un camino de construcción personal y comunitaria. Nos vamos haciendo hombres y mujeres en Cristo y comprometiendo día tras día con la fascinante aventura de hacer presente el Reino de Dios entre los hombres y mujeres de este tiempo de Dios para el continente. Y en este contexto sigue teniendo vigencia la sugestiva propuesta de las CEBS unida a una acción eficaz en la pastoral de las masas que cree los dinamismos liberadores de la religiosidad popular y los implícitos de compromiso con la realidad de algunas modalidades carismáticas abiertas a un compromiso con la realidad histórica. Por ello, en la medida en que la oferta de la fe se presenta como la que puede desprender una serie de procesos de sentido del estar aquí y del luchar aquí, podemos lanzarnos a la aventura de ser aquellos y aquellas que van por el mundo, que es este continente, anunciando la buena noticia.

Anunciar a Jesucristo hoy conlleva una espiritualidad, es decir, una dinámica del Espíritu que suscita una progresiva conciencia de la necesidad de ser auténticos seguidores y seguidoras de Jesús. La posibilidad de retomar con pulso firme el anuncio de la salvación en la historia, de modo que realicemos el necesario tránsito de una religiosidad centrada en la confesión hacia una experiencia de fe que transforma al sujeto en comunidad fraterna, de una religiosidad de ritos a una de celebraciones, de una fe sin obras a una práctica que habla de la fe confesada, es decir, a una búsqueda del encuentro con el Señor en el corazón de las angustias personales y de la conflictividad de nuestras sociedades. En el entramado y entretejido mundo de ruidos altisonantes que es la época que nos corresponde vivir, la fe se constituye en el motor del sentido de lo que somos y hacemos □. Por ello es auténtica salida al desencanto con el que tantos y tantas vienen a la vera del camino. A la manera de los discípulos de Emaús es necesario reconocerlo en el contarnos nuevamente las escrituras y en el celebrar el pan que se reparte porque se comparte □.

Mujeres y hombres del Espíritu, llenos de una renovada asimilación de la utopía del Reino, disponibles y dispuestos a la lucha contra las nuevas idolatrías del presente. Profetas y poetas de una nueva humanidad. ¿Ilusión? Sí, porque no es posible caminar sin la ilusión de Aquel que supo asumir la noche oscura de la fe en la esperanza y la confianza sin condiciones al Dios al cual llamaba Padre y su Padre. Solo la fortaleza de la fe como manera de vivir en la confianza en la bondad de un posible mejor y mayor que el presente nos puede hacer los seres de la esperanza porque nos mantenemos en la lucha. Ningún desengaño puede entonces anular los anhelos de cambio y transformación presentes en la intimidad del corazón de quienes tenemos fe.

Conscientes de la dureza de la hora, caminamos en la segura certeza de no ser de aquellos que simplemente se pliegan a lo ineluctable sino de los que vienen de la gran tribulación siguiendo al cordero adonde quiera que vaya. Y esta hora, nos puede conducir al martirio en la medida que desarrollamos la profecía y vamos contracorriente de todo lo que destruye la vida de los hermanos y hermanas. Una espiritualidad del pequeño resto, de la resistencia, de la confianza sin condiciones en Dios, de la esperanza y de la fiesta que celebra la vida en curso, es la primera condición para ser evangelizadores en esta hora de gracia a pesar de sus tragedias.

Registros de lenguaje adecuados

La acción evangelizadora y la pastoral están urgidas de una profunda revisión de los lenguajes que hemos utilizado hasta el momento para abrirnos a nuevas formas de comunicación que respondan a las reales necesidades de los hombres y mujeres del continente. El lenguaje que habla de la fe y el que los creyentes hablamos debe caracterizarse por su performatividad, es decir, por su capacidad de realizar lo dicho o escrito por el hecho de ser dicho o escrito.

El lenguaje teológico debe revisar sus registros para que se adapte a las nuevas formas de expresión de la cultura actual; no solo de la cultura intelectualmente cultivada sino a las culturas indígenas, afro americana y mestiza popular. Lo que la gente del común habla, dice y tiene significado debe ser igualmente vehiculado en el lenguaje de la fe. Esto nos pide una actualización de los registros de lenguaje que hemos utilizado en teología, en la catequesis, en la predicación y en el discurso religioso en general. Es necesario que sepamos integrar las simbólicas que subyacen en la mentalidad indígena y negra afro americana a la racionalidad de occidente que nos fue impuesta por los procesos coloniales. Por ello el lenguaje religioso debe decir algo, significar algo, crear algo cuando es pronunciado o escrito. La palabra creyente debe recuperar su mordiente significativa de manera que ella sea profética y sapiencialmente sugestiva. Un nuevo lenguaje de fe que integre profecía y sapiencia de tal modo que hablando a las realidades históricas llame a la esperanza que celebra y a la confianza que se mantiene en la lucha a pesar de los infortunios.

Los marcadores de fuerza de este lenguaje de la fe serán en primer lugar el compromiso, la conducta y el veredicto en lugar de la constatación fruto de la deducción o la inducción argumentativa y conclusivas. Un lenguaje que sugiere compromisos con la construcción de la historia, que impulsa a la acción y que lleva a pronunciar juicios proféticos frente a la dureza de corazón y la cerrazón de espíritu de los nuevos imperios del capital y de las comunicaciones satelitales. Un lenguaje que se adapta a los registros diversos para los cuales se pronuncia, a los gremios, a las masas, a las élites. Una palabra en acto en lugar de un lenguaje que tiene que ser explicado para ser comprendido, una palabra provocadora de compromisos y gestora de acciones que producen sentidos nuevos.

Una recuperación del lenguaje de los símbolos en estos tiempos de la imagen y de las nuevas formas de comunicación audiovisual, de manera que, el teatro, la danza, la música, el lenguaje gestual y la expresión estética recuperen su lugar en las expresiones de la fe y en las búsquedas de integración y configuración de las comunidades cristianas. Este recurso a nuevos lenguajes incorpora de inmediato en la tarea pastoral como nuevos sujetos a quienes cultivan estos quehaceres: pintores, escultores, músicos, teatreros. Todos aquellos y aquellas que expresan contenidos sugestivos mediante formas originales. Y estas expresiones

simbólicas, propias del arte, se conectan con toda la tradición que las mismas han tenido en la Iglesia Católica a lo largo de la historia.

«Quién dice qué a quién y en qué contexto?» se constituye en el gran acto de habla que debe orientar la producción del lenguaje religioso. «Quién dice»? hace referencia a la calidad del testimonio del que habla. «Qué dice»? remite al acto de referencia que es el contenido de la confesión de fe. «A quién»? nos lanza a los nuevos sujetos que deben ser objeto de la misión evangelizadora. «En qué contexto»? nos sitúa en la historicidad nueva dentro de la cual los hombres y mujeres del continente vivimos la experiencia de la fe. Así el lenguaje teológico, el catequético y el litúrgico recuperan su mordiente y hablan de lo que hemos visto y hemos oído, lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de la Vida.

Teología renovada

La gran originalidad de Medellín y Puebla fue la lectura del Vaticano II desde la realidad de pobreza y desigualdad que vive el continente. El descubrimiento de las víctimas de sistemas económicos, políticos e ideológicos generadores de desigualdad no fue un simple asunto de moda sino el volver la mirada hacia lo fundamental evangélico. Los hombres y las mujeres de este continente, como imágenes del Dios invisible hemos sido creados como hermanos por ser Hijos de Dios en Cristo Señor, templos del Espíritu, y las divisiones existentes contradicen esta voluntad de Dios al crear.

Se trata entonces de una teología liberadora que vuelva a la raíz, a lo fundamental. De una refundación de la teología y lo teológico en continuidad con la gran tradición que hemos desarrollado en el continente en los últimos treinta años. Más allá de las crisis de los teólogos, la teología como interpretación regulada de la fe sigue ante el reto de ser la sabiduría de este mundo que nos lanza a la construcción del Reino predicado por el maestro original, Jesucristo, en quien vemos realizada la plenitud de todas las cosas mientras caminamos peregrinos entre las sombras que proyecta el mamón de la iniquidad que se historiza en los pulpos financieros y los organismos de manejo de los mercados, las multinacionales y los bloques económicos; pero también entre las luces que significa la nueva conciencia de la necesidad de una refundación de lo humano, de la economía, de la política. Es decir, en la creciente necesidad de radicalizar la causa de las víctimas como la causa de Dios, la teología tiene que mantener su mordiente sugestivo y provocador de sentidos renovados.

Una teología renovada quiere ser una interpretación que asuma los nuevos asuntos que la tradición latinoamericana debe necesariamente integrar: la globalización y la reivindicación de la identidad de tantas culturas originales, los bloques económicos y la economía solidaria, de rebusque, de subsistencia. El dominio de una cultura totalitaria y las minorías que exigen y piden un respeto de su presencia en la historia de la humanidad. Nuevos sujetos que son nuevos no porque no estuvieran allí sino porque emergen de manera nueva pidiendo el reconocimiento de su presencia y asumiendo su rol al interior de las sociedades: comunidades indígenas y negras, la mujer y su propuesta de lectura de la realidad desde lo femenino, los grupos de marginados de todos los nombres y todos los géneros.

La teología, fiel a su condición de discurso segundo, debe mirar las nuevas matrices interpretativas en consonancia con las tradicionales mediaciones socio analíticas fieles a las intuiciones de los padres y madres de la Iglesia Latinoamericana de todos los tiempos. Esta teología, que mantiene una tradición, es al mismo tiempo creadora de nuevos sentidos y generadora de nuevos dinamismos. Por ello, la esperanza es una dinámica que la lanza a continuar en medio de las sombras de muerte, la resistencia es valor que se funda en la seguridad de que a lo débil del mundo Dios lo hace grande para avergonzar a los fuertes y que el Espíritu sopla donde quiere y como quiere para seguir reconstruyendo a los pequeños y sus causas.

Ministerios novedosos

La Iglesia se comprende como servidora del Reino, al interior de ella, en virtud de la sacramentalidad bautismal, los y las creyentes estamos llamados y llamadas a ser servidores. De alguna manera todo creyente es ministro o ministra y debe realizarse en la comunión

eclesial a partir de un servicio particular fruto de un don del Espíritu dado a él o a ella para la edificación de la comunidad eclesial. Una Iglesia en donde la pluralidad ministerial se realiza en el sentido de la imagen del cuerpo paulino se dinamiza desde dentro en la multiforme polifonía de hombres y mujeres que por la fuerza del Espíritu se comprometen con la causa de Jesús y realizan la imagen de Dios Trinidad en este mundo.

La unidad en la diversidad que es la Trinidad Santa se ofrece como paradigma que realiza la ministerialidad plural de la Iglesia. Ministros en virtud del sacramento del bautismo y ministros en virtud del sacramento del orden realizando en igualdad la comunión de lo diverso en el uno de la misma Iglesia. Esta ministerialidad no colocará en divergencia los ministerios ordenados y los no ordenados porque parte de una consideración de la Iglesia como la comunión de seguidores, fieles cristianos en igualdad fundamental y diversidad funcional. El único cuerpo de Cristo se despliega en la sin igual diversidad de colores del Espíritu dando sus dones allí donde el catequista se une al teólogo profesional, el ministro de los enfermos al obispo de la diócesis, el presbítero al acólito, el animador de comunidades cristianas de académicos al líder obrero o campesino, el maestro de escuela al profesor universitario, el celador al obrero de la fábrica. Diversos, pero todos ministros, desde orillas diferentes pero todos comprometidos en la construcción de la casa común.

Creo que la ministerialidad eclesial está pidiendo la apertura a estos nuevos ministerios desde los sectores populares hasta las élites conscientes, entendiendo por estas últimas los que en los años setenta se llamaban intelectuales orgánicos, es decir, aquellos que en contacto con la pobreza y los pobres mantenían vigilante su lenguaje y sus opciones para generar procesos de transformación y cambio. Ministros para los sectores populares: animadores y animadoras de gremios, de acciones comunales, de la juventud popular, de los grupos de mujeres, de adolescentes, de niños. Ministros de la palabra, de la animación de la eucaristía y de las celebraciones de la fe, unidos a los ministros ordenados en el afán común de celebrar con sentido inculturado la riqueza de la gran tradición litúrgica en la Iglesia, ministros creativos, soñadores y juglares de una Iglesia renovada.

Nuevos ministerios para la cultura, el arte, la docencia universitaria, las élites. Ministerios para las nuevas formas urbanas de las megalópolis que son las grandes ciudades del continente. Ministros de conjuntos habitacionales, que mantienen los procesos comunitarios y la lectura de fe de los acontecimientos históricos, que se insertan en el corazón de sus gremios y allí encuentran a Dios palpitando con el horizonte y la mirada puestas en la víctimas de todos los sistemas. Ministros dando las batallas éticas que los nuevos fenómenos creados por la economía, la política y la ingeniería genética nos plantean a los hombres de hoy y de mañana. Ministros para la defensa de las identidades culturales, del valor de lo indio, de lo negro, de la novedad del mestizaje y de la grandeza del nuevo hombre americano. Ministerialidad plural en una Iglesia que realiza la comunión en la diversidad y en donde la participación hace que los miembros del cuerpo construyan la armonía que por el Espíritu recrea todas las cosas en Cristo.

Los nuevos sujetos que la estimulan.

Los nuevos sujetos son las mayorías pobres que continúan allí sin haber tenido su oportunidad sobre la tierra. La causa de los pobres no es un asunto de moda teológica o alternativa pastoral de un tiempo sino imperativo evangélico que habla de la verdad de la fe y del sentido de la esperanza cristianas. Los pobres siguen siendo el lugar teológico que no puede pasar porque lo son en la perspectiva del evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Este es el primer sujeto de la tarea pastoral del presente y del futuro. El desplazamiento hacia sus lugares geográficos que han hecho tantos cristianos de este continente, especialmente la vida religiosa, debe ser estimulado y mantenido para que así el Señor siga revelando estas cosas a los últimos que serán los primeros.

Y con los pobres todos aquellos que son víctimas de la iniquidad: indígenas, negros, prostitutas, homosexuales, mujeres marginadas y segregadas, niños de la calle, raperos e indigentes de las grandes urbes. Todo ese ejército de humanidad marginado de los bienes de este mundo y a veces silenciosamente presente en medio de la algarabía de las grandes ciudades o de la música cadenciosa de los pájaros en los campos de todos los climas de la geografía de América india, negra y mestiza. Evangelizados que evangelizan porque en el descubrimiento

de los valores de cada sujeto descubrimos la acción del Espíritu creando significados y provocando vida.

Los nuevos sujetos son todos los hombres que se comprometen a una construcción de lo humano fundamental, con la defensa sin condiciones de la vida, el respeto a los derechos humanos, al derecho internacional humanitario en los países que padecen la guerra, con la preservación de la creación. El diálogo intercultural e interreligioso se consolida como una alternativa de la hora. A partir de la preservación de la creación y la defensa de la vida humana y no tanto de la convergencia de confesiones. Esta convergencia se irá dando en la medida en que hombres y mujeres construimos la casa común. Y en esta construcción el papel de lo femenino, con todo lo que ello imprime a las búsquedas humanas, se hace cada día mas fundamental y determinante para el presente y el futuro del continente. Los hombres y mujeres de Amerindia, en esta hora difícil estamos siendo llamados a ser parteros y parteras en espera serena y confiada del parto de una nueva sociedad, construida en la justicia y en la búsqueda de la igualdad para todos. América, continente de la esperanza, no pierde la seguridad de que al final del túnel está la luz aunque todavía nos corresponda caminar en la oscuridad. El Dios siempre mayor, el Dios de América india, negra y mestiza es la luz que no conoce ocaso.

VENTANAS ABIERTAS

COMO NOS VEN

CARTA ABIERTA □

Lima, 13 de agosto del 2001

Andrés Gallego

Querido Simón Pedro:

Me habías pedido, ya hace un buen tiempo, que escribiera algo sobre cómo yo veía la vida religiosa y el sentido y la función que ésta tiene en la vida de la Iglesia, algo de lo que hemos conversado muchas veces de manera informal. No te miento si te digo que me he sentado en repetidas ocasiones y he intentado comenzar a hacerlo, pero sólo he conseguido rasguñar algunas líneas y, urgido por las tareas cotidianas y los imprevistos de cada día, dejarlo para otro día que esté más inspirado. Ahora, ya con el límite de las fechas casi encima, opto por cambiar el género literario y hacerlo en forma de carta. El estilo menos formal espero que no sea obstáculo, más bien lo contrario, para poder comunicar, y que sea entendido, aquello que pienso, en el caso de que esto tenga algún valor.

Sabes que no soy religioso, ni especialista ni estudioso de la vida religiosa. Sí me interesa ésta, y es obvio que sí, es porque considero que es parte importante de la vida de la Iglesia y porque creo que juega en ella un papel fundamental, al menos en la realidad histórica de la Iglesia y tal como la conocemos.

En realidad, no ha sido muy grande mi contacto con la vida religiosa, pero, salvo raras ocasiones, éste siempre ha sido gratificante. Me parece que su sentido es ser signo del amor y la misericordia del Padre, y de esto he encontrado muchos testimonios.

Sin embargo, como ya hemos compartido en otras ocasiones, hay aspectos de la práctica actual de una gran parte de la vida religiosa que me preocupan. Te comento algunos de ellos, aunque sea de manera breve y sucinta.

Iglesia y congregaciones

Una primera cosa que me ha preocupado frecuentemente es la dimensión eclesial de la vida religiosa. Lo he expresado algunas veces con un poco de ironía diciendo que algunas congregaciones, reconozco que no todas, se creen más grandes o más importantes que la misma Iglesia. Sé que nunca lo van a expresar así, pero sabemos que no importa tanto lo que se dice como lo que se practica, y a menudo los intereses propios de cada congregación están por encima de los del conjunto de la Iglesia. Se siente frecuentemente en la dedicación a las «obras» de la congregación, sin tener suficientemente en cuenta las necesidades de la diócesis o la zona pastoral donde se trabaja, o en la prioridad de estas «obras» sobre el resto del trabajo pastoral, o frecuentemente también en la necesidad que muchas congregaciones manifiestan de tener sus propios movimientos, sobre todo de jóvenes, con su «propio» estilo de formación, su «propia» espiritualidad y su «propia» coordinación entre ellos. Al final, uno ya no sabe si la vinculación es a la Iglesia o a la congregación.

De alguna manera, creo que esto mismo se manifiesta también en la necesidad de formación que en este último tiempo ha surgido en casi todas las congregaciones religiosas, y cuando hablo ahora de formación no me refiero a la importancia de una buena preparación teológica, bíblica o pastoral, algo siempre de suma importancia, sino a la captación y formación de nuevos miembros. Pareciera que, ante la disminución de vocaciones y el progresivo envejecimiento de los miembros actuales, algunas congregaciones han entrado en un proceso compulsivo para crecer, a menudo sin mayor criterio. Sobre este punto y la competencia que a veces se entabla podría referir multitud de anécdotas, pero baste una sola, aunque posiblemente ya te la haya comentado alguna vez. Vino a buscarme al seminario del Sur Andino un joven, con sus estudios universitarios ya acabados, que quería conversar sobre su posible vocación sacerdotal. Hablamos largo de su experiencia eclesial anterior, los motivos

por los que creía descubrir en él un llamado de Dios al sacerdocio, las diversas posibilidades de concretar esa vocación, el seguimiento de Jesús, la vida religiosa y el sacerdocio diocesano... y quedamos en encontrarnos de nuevo a los dos semanas siguientes para ver cómo iba avanzando su proceso de discernimiento. Esta segunda vez nunca ocurrió, porque, casualmente, se encontró a los pocos días con un sacerdote religioso que le habló de las bondades de su congregación, de que haría su noviciado en Lima, que sería enviado a estudiar afuera... y claro, a los pocos días ya estaba en la casa de formación de esa congregación en Lima. También sé de obispos religiosos que, ante la posible vocación de algún muchacho «interesante», lo han orientado antes a su propia congregación que al seminario diocesano. Lo lamento, pero así no es.

Espiritualidad – espiritualidades

También siento que hay otro problema en este autocentrarse en un mundo propio. Me refiero ahora a la cuestión de la espiritualidad. No me cabe duda de que en este campo es sumamente importante encontrar el camino propio, el camino personal. Muchas veces he citado aquellos versos de León Felipe:

«Nadie fue ayer,
ni va hoy,
ni irá mañana
hacia Dios
por este mismo camino que yo voy.
Para cada hombre guarda
un rayo nuevo de luz el sol...
y un camino virgen
Dios».

También estoy convencido de que la diversidad de carismas es una riqueza para la Iglesia y que ser diferentes es una gracia de Dios. Qué bueno que no seamos iguales! Y, sin embargo, la insistencia en la diferencia y particularidad de cada familia religiosa me recuerdan aquel texto de Pablo en la primera carta a los Corintios: «Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo» (1,12). En realidad, no hay espiritualidades, sólo hay una espiritualidad, la cristiana, esto es, el seguimiento de Jesús. Lo demás son acentos, matices, muy importantes, pero sólo acentos.

Inculturación y refundación

No quiero acabar sin comentarte otra pequeña preocupación. Después de la Conferencia Episcopal de Santo Domingo se le dio gran importancia en la vida religiosa a la inculturación, algo que siempre había estado presente en la vida de la Iglesia, aunque no se le llamara con ese nombre y no tuviera la importancia que mercedamente tuvo desde ese momento. No obstante, luego de mucha preocupación por el tema, muchas charlas y discursos, infinidad de reuniones y planteamientos, el tema parece que va quedando en el olvido, y la práctica de la vida religiosa no parece que haya cambiado mucho. Pareciera que fue sólo una moda que ahora está siendo sustituida por otra, la refundación, pero ni la inculturación debía ser una moda ni lo debe ser ahora la refundación. Tengo la sospecha de que la inculturación fue planteada a partir de una idea muy estática de cultura y sin hacer suficiente énfasis en la conversión y en todas las dimensiones antropológicas que ésta tiene. Tampoco creo que fue tomada suficientemente en serio al interior de las familias religiosas, pues, de haber sido así, hubieran debido cambiar incluso las estructuras internas de las congregaciones. Es cierto que lo que debe ser inculturado es el mensaje cristiano, el evangelio, pero no es menos cierto que eso debe tener un efecto necesario en el mensajero o evangelizador y en estilo de vida de éste, por tanto en las mismas estructuras en que vive y desde donde desarrolla su tarea evangelizadora.

Concluyendo

No quiero despedirme sin decir algo más de la vida religiosa que me parece admirable -pues hasta aquí parece que he hecho más hincapié en las «preocupaciones»-, algo que ha sido signo, para la Iglesia y el mundo, de la presencia del amor misericordioso de Dios en la historia; me refiero a la inserción de la vida religiosa en el mundo de los pobres. Esa ha sido una opción que ha desencadenado todo un proceso que, éste sí, ha influido en el estilo de vida y en las mismas estructuras de muchas familias religiosas. Un proceso que todavía sigue y que, estoy seguro, seguirá dando abundantes y buenos frutos.

Recibe un gran abrazo y hazlo extensivo a tus colegas religiosos y religiosas.